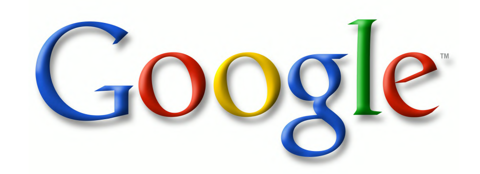


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

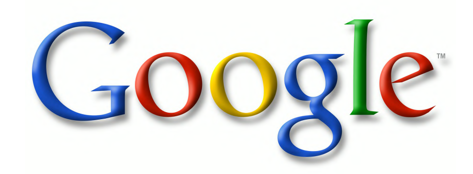
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

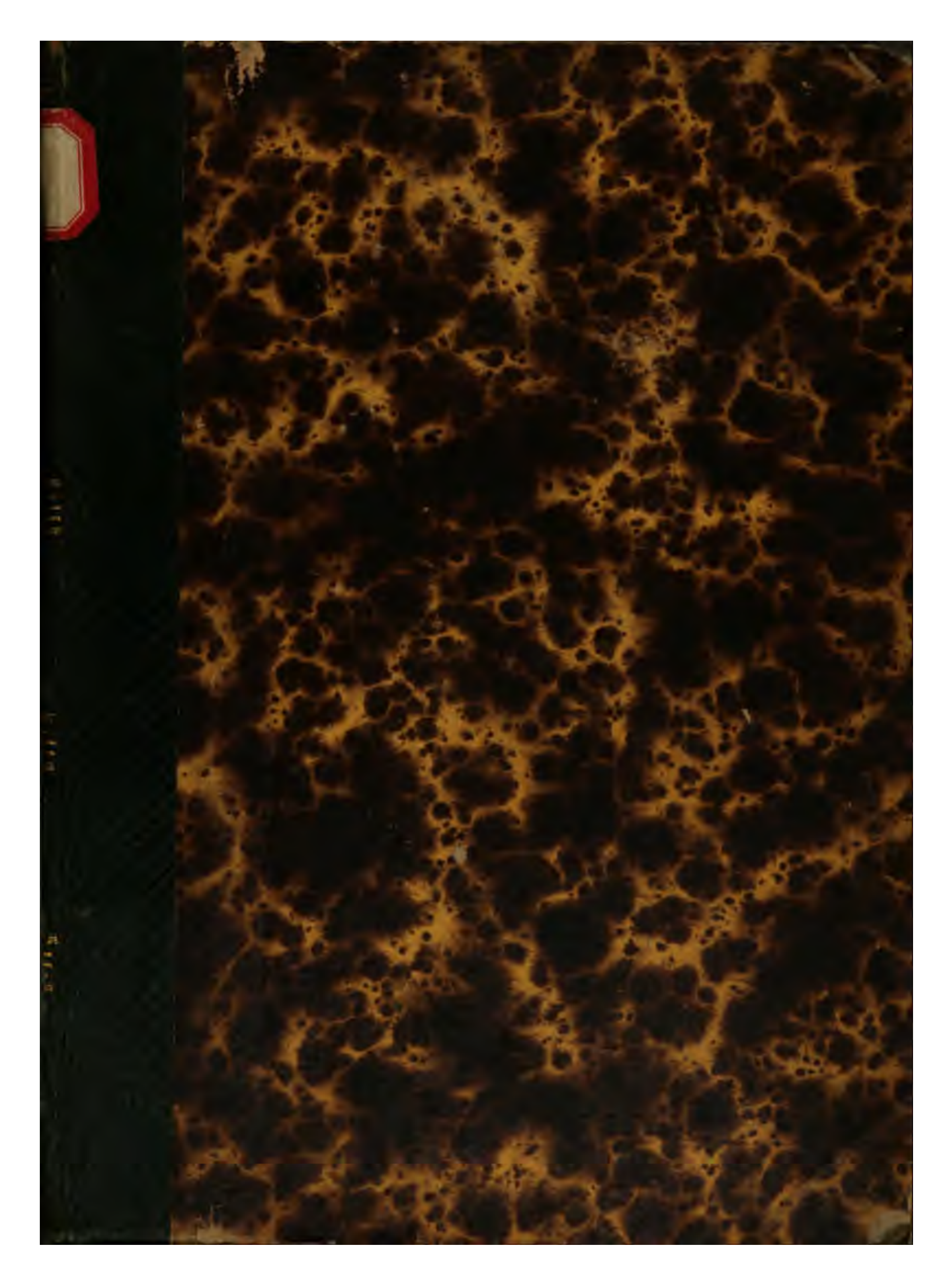
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

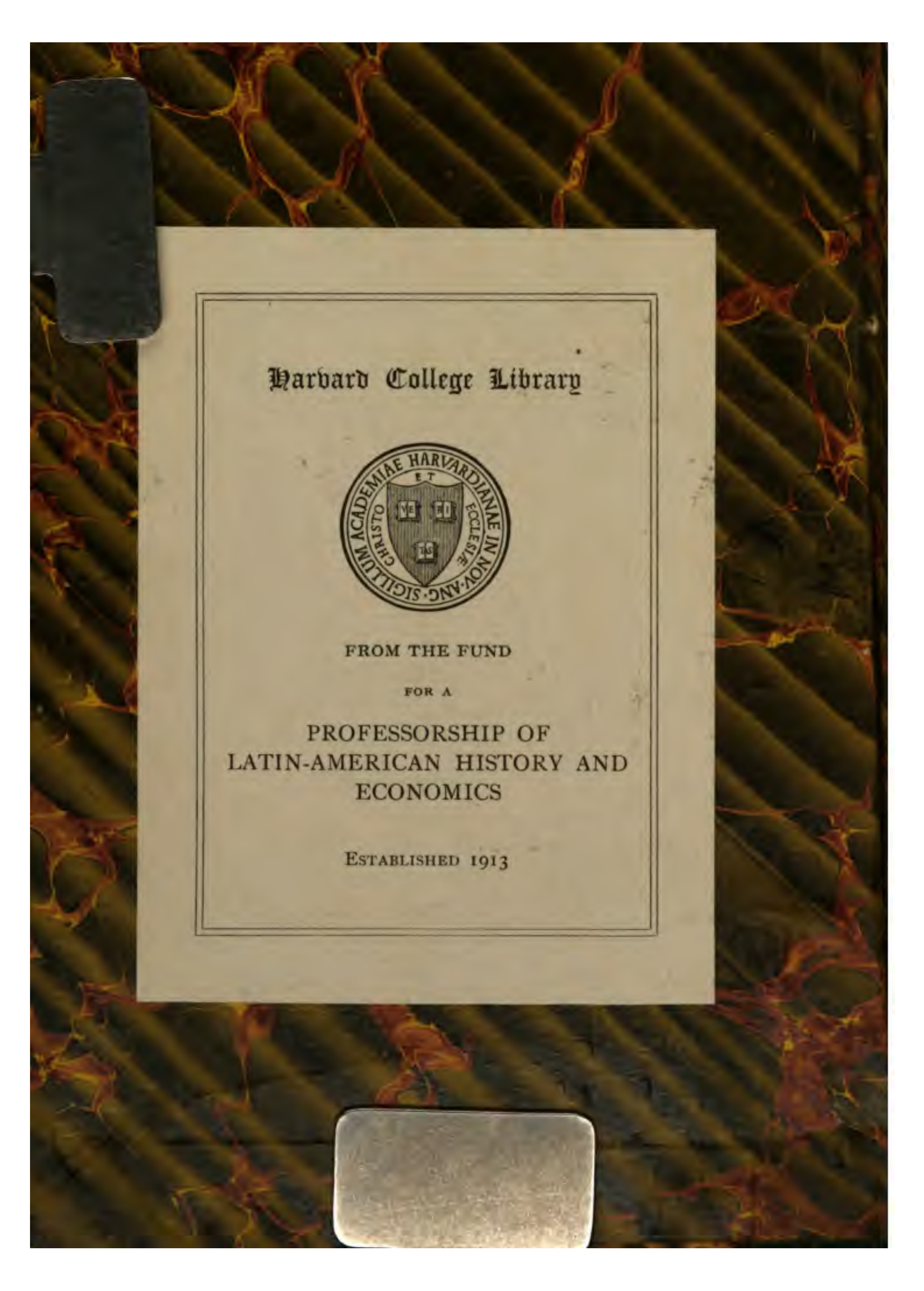
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



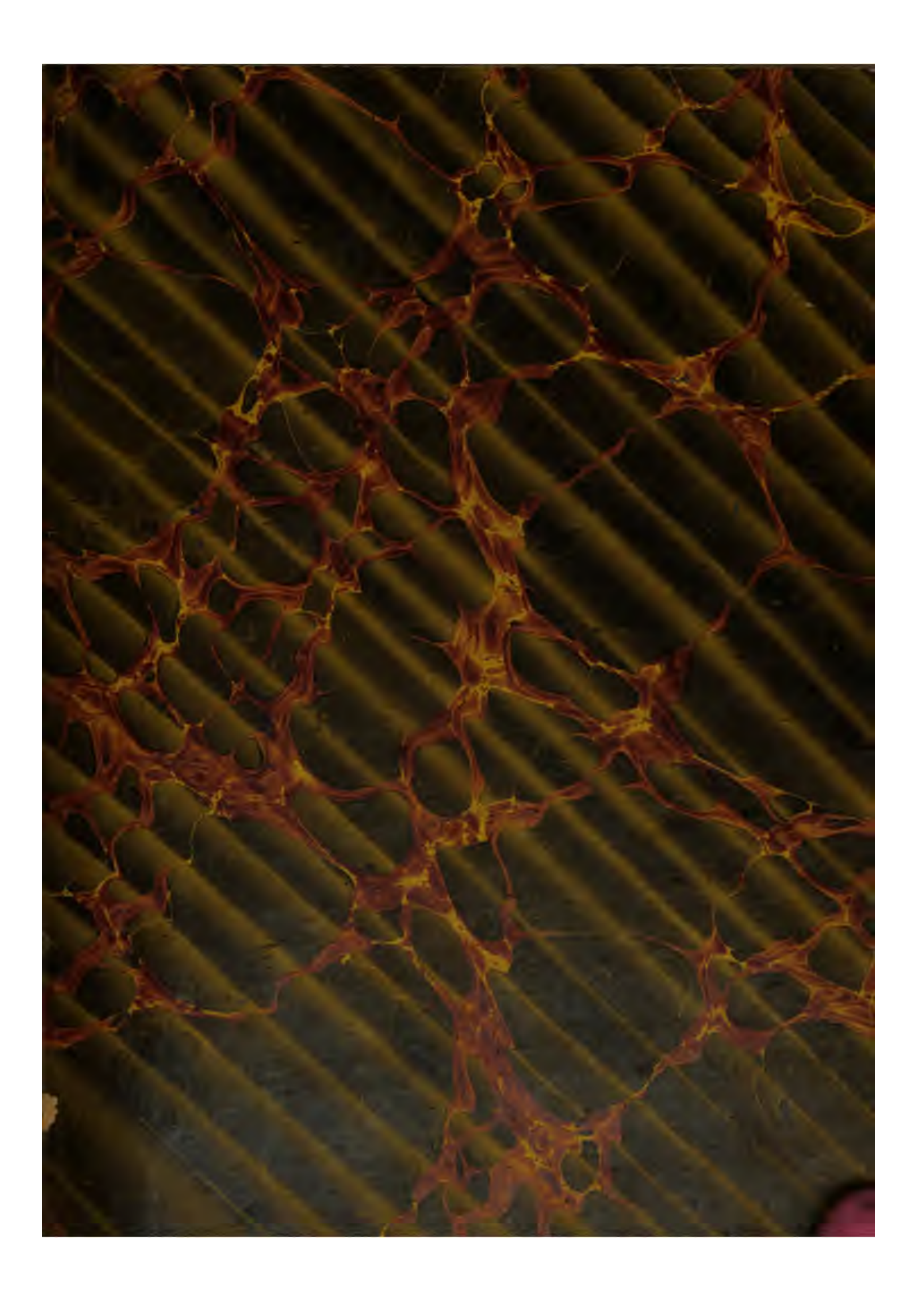


FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913



ARTICULOS

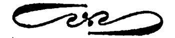
SÓBRE

EDUCACION É INSTRUCCION PUBLICA

POR

JOSÉ MARIA CÉSPEDES.

COLECCIONADOS PARA SERVIR DE TEXTO DE
LECTURA EN LAS ESCUELAS.



HABANA.

IMPRENTA "LA ANTILLA,"
Calle de Cuba, numero 51.
1866.

Educ 1556.7

HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

ADVERTENCIA.

La coleccion de artículos que doy ahora al público en forma de libro, no hubiera salido nunca del modesto círculo de los periódicos, en que han visto la luz la mayor parte de los trabajos que la componen, si un amigo mio, mas aficionado á mis obras por ser mias que por el valor que en sí tengan, no me comprometiera á emprender esta edicion, tratando de persuadirme de su utilidad y conveniencia en las escuelas.

Con la ingenuidad y franqueza que son propias de mi carácter, debo confesar que nunca creí que mis artículos llegarian á merecer los honores de una coleccion. Si á pesar de mi desconfianza, lograse este libro algun éxito en los establecimientos públicos á que está destinado, se deberia el beneficio al amigo que lo hace salir á luz, supues-

to que á llevarme por mis propias inspiraciones jamás me habria ocurrido tal pensamiento.

Entrego pues mi obra en manos de los maestro y alumnos de las escuelas á quienes la dedico, y espero que tratarán con indulgencia y consideracion á su mejor amigo

José María Céspedes.

PRIMERA ENSEÑANZA ELEMENTAL.

"La primera enseñanza elemental es obligatoria para todos los españoles. Los padres y tutores ó encargados enviarán á las escuelas públicas á sus hijos y pupilos desde la edad de seis años hasta la de nueve, á no ser que les proporcionen suficientemente esta clase de instruccion en sus casas ó en un establecimiento particular.—Los que no cumpliesen con este deber habiendo escuela en el pueblo, ó á distancia tal que puedan los niños concurrir á ella cómodamente, serán amonestados y compelidos por la autoridad y castigados en su caso con la multa de dos á veinte reales fuertes.—La primera enseñanza elemental se dará gratuitamente en las escuelas públicas á los niños cuyos padres, tutores ó encargados no puedan pagarla, mediante certificacion expedida al efecto por el respectivo cura párroco y visada por la autoridad local administrativa." (Artículos 7, 8 y 9 del Plan de Estudios vigente.)

Está resuelta entre nosotros la muy debatida cuestion de la enseñanza obligatoria. Todos los españoles tienen la necesidad y el deber de recibir la primera enseñanza elemental, ya en las escuelas municipales, si son pobres, ó bien en las particulares, ó en lo privado si cuentan con medios para costearla ó adquirirla en cualquiera forma. El padre, tutor ó encargado que no mande á su hijo á la escuela ó deje de proporcionarle de otro modo la primera enseñanza elemental, será amonestado, compelido á llenar esa sagrada obligacion y castigado con multa de dos á veinte reales fuertes. ¿Son justos estos preceptos? ¿Ofenden y conculcan algun derecho? ¿Coartan alguna de las libertades legítimas del ciudadano, aun en aquellos pueblos en que mas se respetan, sancionan y difunden?

Antes de responder á estas preguntas es indispensable que nos prevengamos contra el error de los que confunden la enseñanza primaria obligatoria con la libertad de enseñanza. Hay efectivamente un abismo entre una y otra cosa: la necesidad imprescindible de instruirse en los principios de nuestra religion, y de aprender á leer, escribir y contar, no tiene nada de comun, ni de parecido siquiera, con los sistemas ni las formas ni los medios de difundir los conocimientos humanos á las diversas clases de la sociedad, sin averiguar del maestro de donde viene y á donde va en su enseñanza, ni si tiene títulos, ni si predica tales ó cuales doctrinas. No tratamos de discutir en este último terreno: nosotros no tenemos la libertad de

enseñanza, ni queremos demostrar en este artículo sus ventajas é inconvenientes. Basta á nuestro propósito dejar indicado que la cuestion de la enseñanza obligatoria es enteramente distinta á lo que se refiere á la libertad de enseñanza. Esta última podrá ser ó no conveniente á los pueblos: la primera está sostenida y apoyada en los principios mas triviales de la razon y del sentido comun.

Todos los ciudadanos tienen obligacion de aprender á leer, escribir y contar. Pero como la época en que pueden y deben adquirirse estos rudimentos es la primera de la vida en que el hombre no responde de sus actos, ni es capaz de contraer obligaciones, ha correspondido siempre á los padres y tutores el derecho de educar á sus hijos y pupilos, contrayendo al mismo tiempo la obligacion de poner todos los medios indispensables á ese fin. La ley ha respetado ese derecho; pero ha querido prever los casos en que deje de usarse por ignorancia ó abandono. El derecho de que venimos hablando no es de los que pueden renunciarse, porque encierra en sí mismo un deber. Cuando el padre ó el tutor faltan á ese deber, dejando de ejercitar el derecho, contraen una responsabilidad trascendental, producen un daño irreparable. Y la ley ha querido evitarlo, ordenando que la autoridad compela al padre y al tutor y al encargado que descuiden tan apremiante obligacion, y que los castigue en su caso.

¿Cuáles son los derechos que se ofenden con estas medidas? Ninguno. El padre que no procura educar

á su hijo, no hace buen uso de su libertad; aparta la luz del sitio donde debia encenderla constantemente; es un parricida de la inteligencia; es el peor de los asesinos de la idea. La liberdad seria el mónstruo mas horrendo inventado por el hombre, si no se viera contínuamente limitada por la conveniencia general, por los derechos y la libertad de los otros. La libertad del padre en la educacion del hijo se encuentra contenida por los derechos de éste y los de sus conciudadanos. Todo está equilibrado en la vida de la humanidad: no existe un derecho que no tenga un deber correlativo: la ley es la gran moderadora de los extravíos y de las injusticias de los hombres: un buen gobierno debe proteger siempre á los desvalidos y á los huérfanos: debe ser y es en esta Provincia protector decidido de los niños y de la primera enseñanza obligatoria.

Estas verdades tan sencillas y comprensibles han sido y son sin embargo puestas en duda todavía por personas muy competentes. Defensores exajerados de la libertad, quieren que resuene esta voz en todas las cuestiones, á todas partes desean llevar su influencia bienhechora. Disculpable es sin duda el calor y el entusiasmo que despierta en las almas generosas esa sublime idea; pero es preciso que no nos extraviemos ni veamos fantasmas donde existe la luz clara y resplandeciente de la razon y el buen sentido. ¿Qué seria de la sociedad si se permitiese á los padres que dejasen á sus hijos en la ignorancia y el embrutecimiento? ¿Cómo contener entónces el desenfreno

de las pasiones alimentadas por las sombras y la oscuridad del vacío?

No, replican los partidarios del sistema inglés, ningun padre puede dejar á su hijo sin educacion, nadie está mas interesado que ellos en que la adquieran tan ámplia y provechosa como sea posible. Pero ¿cabe alguna duda respecto de la existencia de padres desnaturalizados ó ignorantes ó codiciosos y egoistas, ó desidiosos y abandonados? Pues esto solo basta para justificar la medida, que por punto general debieran tomar en esta materia todos los gobiernos que deseen fomentar la moralidad y el buen órden en los pueblos.

¿Qué sucede entre nosotros en los momentos en que redactamos este artículo? Están llenas de niños pobres nuestras escuelas municipales? ¿Asisten á ellas todos los que pueden educarse en la actualidad? ¿Ha sido bastante poderosa la ley y su sancion para que los padres cumplan con uno de sus deberes mas directos? Triste es confesarlo: muchas escuelas tienen apénas seis ú ocho niños ó niñas en barrios poblados, que cuentan en su seno mas de cincuenta ó sesenta criaturas infelices en situacion de ir á las clases. Y ¿por qué no asisten? Porque el padre no sabe leer ni escribir, y á pesar de eso ha reunido un pequeño capital, y piensa que su hijo puede y debe hacer lo mismo, sin necesidad de quebrarse la cabeza con los libros. Porque la madre carece de energía suficiente para gobernar á su hijo, y éste dispone de su personalidad de una manera admirable. Porque faltan los

medios necesarios para que la niña vaya bien puesta á la escuela y no aparezca inferior á la mas acomodada. Porque los padres ejercitan á la hija en las atenciones menudas de la casa, y al hijo en corretear por las calles y aprender el vicio en las bodegas. Todos esos pretextos son el tema constante de las conversaciones entre el profesor y los inspectores y los padres. Si esto sucede á pesar de la ley, ¿que podriamos esperar sin ella? ¿Cómo educar é instruir á los hijos de los que de tal modo desconocen el beneficio con que se les brinda? No hay mas medio que el de la enseñanza obligatoria. Es preciso dar la medicina al enfermo por mas que se resista á tomarla. Si no os valeis de la fuerza, despues de agotar los medios persuasivos y dulces que os sugiera la prudencia, sucumbirá irremisiblemente, víctima de vuestra debilidad y abandono.

Pero es tan suave, tan benigna y tan equitativa nuestra ley en esta parte, que puede considerarse doblemente criminal al padre, tutor ó encargado que procura eludirla. La ley no exige sacrificios, no quiere imposibles, allana todas las dificultades. Los niños pobres se educarán gratuitamente en las escuelas municipales, sin llenar los padres mas requisito que el de pedir una certificacion al párroco respectivo, que visará el comisario del barrio. Para que el deber de enviar á los niños á la escuela sea exigible, es preciso, segun el artículo 8º que exista en el pueblo escuela gratuita, ó á una distancia tal que puedan los niños concurrir á ella cómodamente. ¿Puede haber mas

bondad en la ley? ¿Podrá alguien quejarse de dureza y de tiranía, ni encontrar motivo alguno justo para dejar de cumplirla al pié de la letra? Un poco mas fuerte habria sido tal vez mas conveniente para que sintiesen todo su peso esos apóstoles del oscurantismo, que son padres en el nombre, que llevan ese título por equivocacion.

No se asusten los defensores del progreso ni crean que retrogradamos porque aboguemos con calor por la enseñanza obligatoria. Creemos, por el contrario, que nuestras ideas se encaminan á fomentar la ilustracion, auxiliando con nuestro humilde voto la accion del Gobierno, que tanto se ha desvelado en estos últimos años para extender la esfera de la enseñanza en la isla de Cuba. La ley está escrita y sancionada y publicada; es justa, y suave y equitativa: ¡quiera el cielo que se grabe bien en el corazon de los padres y tutores y encargados de los niños, para que nunca se haga preciso compelerlos á llenar tan dulce como útil é interesante obligacion!

LOS NIÑOS EN LA ESCUELA.

Hubo una época en que los niños tenian un aborrecimiento instintivo á la escuela y al maestro. Si habia causa para ello es cosa que no puede ni debe dis-

cutirse. Si la causa provenia del niño ó de la escuela y el maestro, es otro punto asaz averiguado y comprendído en la historia de la educacion en la isla de Cuba. Basta saber para nuestro consuelo y satisfaccion que hoy los niños no aborrecen, en lo general, la escuela ni los maestros. Y si bien es cierto que un gran número de los que están en situacion de educarse no asisten á los establecimientos públicos, eso no es imputable á los niños, siempre dóciles y obedientes á la voz de sus superiores; ese mal se debe á la indolencia ó ignorancia ó egoismo de los padres, tutores ó encargados. No, los niños no son responsables de esa acusacion, ni es justo que se les haga semejante cargo: aman lo que se les enseña como bueno con la palabra y el ejemplo; odian lo que se les dice que es malo y nocivo y perjudicial. La escuela es buena para los niños, y ellos lo saben porque lo oyen primero á sus padres en el hogar doméstico, y lo sienten despues en la escuela misma bajo la presion suave y cariñosa del maestro, que los conduce con tanta bondad y sabiduría en los primeros pasos de la enseñanza.

Alegre, jugueton y bullicioso sale el niño diariamente de la casa paterna con direccion á la escuela. En el tránsito pasea la vista por uno y otro lado, todo le llama la atencion, todo le distrae y le divierte, en nada se fija, su imaginacion vaga y se extasía con cualquier objeto, con el incidente mas insignificante que se la ofrece al paso. Cuando descubre los umbrales del edificio donde va á penetrar, la escena es otra: entónces modera su continente, arregla los libros que

lleva en las manos, los pone debajo del brazo y con el mayor recogimiento en el rostro y en el alma, entra en la casa santa de la escuela, que despues de la de Dios, es la mas provechosa y la mas grande para los niños.

Cuando la escuela y el maestro son lo que deben ser, cuando se asemejan siquiera al modelo que imaginamos al trazar estas líneas, el niño saluda lleno de gozo al profesor y á sus compañeros y va recorriendo una á una sus clases con ese placer sin límites del que ha trabajado con fruto y puede dar cuenta exacta de la útil distribucion del tiempo. ¡Ese tiempo que tanto necesitan y apetecen, y que tantos desprecian y dejan correr en la inercia embrutecedora! Tal vez sea ésta la primera y mas útil ensenanza de las escuelas. El que no sabe distribuir el tiempo ni se habitúa á usarlo convenientemente, nunca será hombre de valer, jamás conseguirá en la vida una posicion segura, ni por sus riquezas ni por sus conocimientos.

Los niños en la escuela son como las abejas en la colmena: trabajan y construyen dia por dia el edificio de la felicidad de cada uno y producen la miel que sirve para todos, que á todos es benéfica, que todos aprovechan igualmente. Allí, elaborando y trasformando la idea, siempre fecunda y admirable, empiezan á descorrer el velo de la ignorancia que puso Dios sobre nuestras frentes para que aprendiésemos á luchar y á fortalecernos con la fatiga, y para que tuviéramos el placer de conquistar por nosotros mismos la luz, y de acercarnos por medio de nuestro trabajo al autor de la verdad eterna. Allí comienza el niño

á conocer al niño, ó lo que es igual, principia el hombre á conocer al hombre. Del niño al hombre no hay mas que un paso, una simple trasformacion; en el fondo siempre encontrareis al niño en el hombre, nunca se os ocultará el hombre en el niño: la sustancia es siempre la misma. Y cuando no se alcanzase de la escuela otro provecho que el que produce esa leccion práctica de la vida de la sociedad, bastaria él solo para bendecir esos establecimientos y para compensar sus inconvenientes, que ciertos espíritus apocados exajeran mas de lo justo.

Es verdad que tambien en esta colmena de la inteligencia suelen guarecerse algunos zánganos; pero esos vivirán siempre acosados y perseguidos, y tendrán el mismo fin que los de la colmena de las abejas. ¡Que á ninguno de vosotros, amantísimos niños de nuestras escuelas, alcance nunca ese dictado bochornoso y desconsolador! Comparad la vida del ócio con la vida del trabajo: las aparentes dulzuras de la primera encierran en su fondo los gérmenes destructores del vicio, el gusano roedor de vuestras entrañas, el veneno del cuerpo y el veneno del alma, velados por las engañosas perspectivas sociales. Los aparentes sinsabores de la segunda guardan en su fondo el gérmen precioso de la virtud, el elíxir fecundador de la vida, los manantiales inagotables de la felicidad en la tierra. Meditad bien acerca de esos dos géneros de vida, y elegid. Vuestra será la culpa si, conociendo lo mejor, os decidís por lo peor.

Los niños en la escuela son los ángeles anunciado-

res de la buena nueva, los que sostienen viva y resplandeciente la idea del progreso, los que conservan encendida la lámpara misteriosa de la verdad en todas sus manifestaciones. ¡Sublime mision la del magisterio! ¡Envidiable sacerdocio, que está llamado á producir tantos y tan grandiosos bienes en la existencia de las sociedades! El maestro y el discípulo constituyen en la escuela la dualidad mas interesante y bendecida: unidos al principio por el instinto natural que conduce al mas fuerte á proteger al débil y estrechados luego por el hilo de las ideas del primero que que se ingiere suave y paulatinamente en la fresca inteligencia del segundo, el educador y su educando acaban por amarse con verdadera ternura, con esa ternura celestial, que crece sin medida, y que no bastarán á extinguir, andando los tiempos, ni aun los rudos combates de la vida pública.

Los niños en la escuela son todos iguales: allí el rico como el pobre, el de elevada alcurnia como el de humilde nacimiento, se confunden en una sola entidad para el maestro: esa entidad se formula con la palabra *discípulo*. Las únicas desigualdades que se admiten y deben conservarse en las escuelas son las que naturalmente producen la aplicacion y aprovechamiento respectivo de los alumnos. Y de aquí la codiciada aristocracia del talento, que dió sin duda alguna, en las escuelas las primeras señales de su existencia. Procurad conquistar esa aristocracia, niños inocentes, porque es la mas alta de las aristocracias, la aristocracia que nunca muere, la que cuenta timbres mas legíti-

mos, la que no se debe al favor ni á la fortuna, la que eleva al oscuro artesano á los puestos mas altos del Estado.

Corred tras esa aristocracia, ganadla con el sudor de vuestra frente, y haciendoos dignos de vosotros mismos y de vuestros semejantes, habreis alcanzado gloria imperecedera.

LA APLICACION.

Nunca se recomendará bastante á los niños la necesidad y las ventajas de la aplicacion. Para saber es preciso estudiar, y estudiar con constancia y con amor. Los hombres grandes, y aun los génios, no alcanzaron esos altos calificativos por la sola virtud de sus talentos, sino por la preciadísima de la aplicacion y del trabajo. La superioridad en el vasto é inextinguible campo de las ideas no se obtiene sin largas vigilias y dilatados y pacientes estudios. La aplicacion es, pues, el principal secreto de los que han logrado distinguirse en las ciencias ó en las letras. Y es un axioma, formulado por el sentido comun, el que enseña que ningun desaplicado conseguirá jamás hacerse notable, ni siquiera en el ejercicio mas sencillo de sus facultades.

Y no hay que deslumbrarse con las falsas apariencias de las imaginaciones vivas, porque la admiracion momentánea que despiertan, se deshace como el humo á la primera ojeada del hombre pensador. Los niños, á quienes se hace creer en un talento precoz desde temprano, desdeñan el estudio y se desaplican intencionalmente para conservar á los ojos de sus compañeros el prestigio de las facultades superiores que sueñan poseer en toda su plenitud. Emplean solo algunos instantes en leer las lecciones del dia siguiente, y se entregan muy satisfechos á la ociosidad, creyendo de buena fé que las han aprendido porque recuerdan la mayor parte de las palabras del texto.

Aquellos á quienes se juzga de menor capacidad trabajan por el contrario sin descanso, y como se consideran inferiores á los primeros en dotes de inteligencia, aspiran á igualarse cuando ménos á expensas del estudio, que no niega nunca sus favores á los que le aman de corazon. Estos conseguirán con el tiempo mas resultados que los otros, cada dia se irán presentando á sus ojos nuevos horizontes y acabarán por descorrer el velo de la ignorancia para penetrar en el santuario apetecido de la luz y la sabiduría. Los de viva imaginacion ó de *chispa*, como vulgarmente se denominan, que confiados en ella no se aplican al trabajo y leen superficialmente lo que debieran estudiar á fondo, suelen quedarse rezagados en las clases; y si no vuelven pronto de su error, concluyen por ser en la sociedad los decidores obligados

de chistes y agudezas, que revelan casi siempre la falta de profundidad del que las emplea.

La aplicacion ha efectuado muchos prodigios en el mundo y tiene derecho, en ese concepto, á que se la estime como una gran potencia, como una palanca de primer órden, capaz de hacer frente á los mayores obstáculos, á las dificultades que parezcan mas insuperables. A ella se deben todos los progresos de la humanidad, su influjo benéfico se hace notar de una manera evidente en los descubrimientos y en las invenciones del espíritu infatigable del hombre; por ella conocemos la imprenta, el vapor y la electricidad; con ella llegamos á penetrar en los misterios mas profundos de los cielos y la Tierra, y á percibir las leyes invariables que sostienen al Universo en su marcha constante é imperecedera: y á su virtud y poderío sin límites deberémos en plazo no lejano, otras maravillas mas sorprendentes todavía en el campo dilatadísimo de las relaciones sociales, que aseguren para siempre la paz y la fraternidad de todos los pueblos.

Y que la aplicacion produce esos pasmosos resultados no hay que dudarlo un solo instante. Ninguna de las obras del hombre que nos admiran y enajenan en circunstancias dadas, carece de antecedentes; pero esos antecedentes se ocultan muchas veces á los que atribuyen á causas sobrenaturales lo que no se juzgan capaces de realizar. Nadie que hizo un descubrimiento importante en las ciencias lo debió á la casualidad, como se ha dado en decir con bastante li-

gereza de algunos muy conocidos. No; la casualidad puede presentarnos un tesoro encerrado en las entrañas de la tierra, cuando ménos pensemos en encontrarlo, puede proporcionarnos muchas sorpresas agradables á los sentidos y convenientes para nuestro bienestar material; pero no nos pondrá jamás en posesion de una idea luminosa que pueda conducir á un descubrimiento en las ciencias ó en las artes si no la preceden otras muchas ideas amontonadas en el depósito amplísimo de la memoria y que hayan ido colocándose allí sucesivamente á impulsos de la aplicacion despues de algunos años de ejercicio.

La manzana de Newton tenia muchos precedentes en la cabeza pensadora y bien preparada de aquel hombre distinguido. Sin ellos la ley de la atraccion no se hubiera formulado entónces, y tal vez estariamos esperando todavía la inteligencia superior y bien cultivada por su aplicacion y constantes meditaciones, que nos pusiese en habilidad de aprovechar las ventajas de esa ley de la materia en los adelantos de las ciencias físicas.

La aplicacion fortalece el espíritu y eleva al hombre. Y por lo mismo es indispensable que empiece en las escuelas para que constituya luego el hábito de toda la vida. De ese modo nos harémos dignos de nosotros mismos y de la sociedad que nos admite en su seno, para que contribuyamos con nuestros esfuerzos individuales á la armonía del conjunto.

LA CONDUCTA.

En todas las escuelas del mundo se ha mirado siempre con particular predileccion la conducta de los alumnos. Al lado de la aplicacion y el aprovechamiento se ha visto brillar igualmente la conducta intachable del discípulo, contribuyendo á realzar mas su mérito y á elevarle por encima de los otros. Ningun establecimiento de educacion olvida en su programa de premios el importantísimo que se discierne á la buena conducta. Los niños que se conducen bien y oyen con respeto y aceptan dócilmente las indicaciones del maestro se colocan en buen lugar en el círculo de la escuela, merecen la consideracion de sus compañeros y alcanzan el cariño y los elogios, siempre apetecidos, de los directores de su educacion. Esos precedentes se llevan luego al círculo mas amplio de la sociedad, se hacen valer allí, y engendran en el público cierta confianza, que proporciona, cuando ménos, al que la obtiene, las ventajas y goces legítimos y tranquilos de la buena opinion, del concepto favorable de los conciudadanos y de la especial veneracion que acompaña por todas partes al hombre honrado y sin mancilla.

La conducta es un tesoro de inapreciable valor, que

sirviendo de contínuo no se gasta nunca y cada dia se vé mas terso, mas limpio y mas resplandeciente. Se equivocan, y se equivocan mucho los que piensan, que ese tesoro se encuentra repartido de antemano por el Creador de todas las cosas, entre las personas que le poseen en la sociedad, y que los que no le ostentan son incapaces de adquirirle. La educacion de la niñez careceria de uno de sus objetos primordiales, si fuera impotente para dirigir las acciones de los tiernos educandos y guiarles por el camino de la virtud. De nada servirian las lecciones de moral y el *ejemplo* provechoso y constantemente recomendado, si la conducta fuera innata, si no se formase por aquellos medios, si el hombre no aprendiera á conducirse bien desde sus primeros pasos, si no se le enseñara la difícil é importantísima ciencia de los deberes.

Los deberes que tiene que llenar el hombre respecto de su propia personalidad, que constituyen la moral individual, ocuparán un lugar preferente en las lecciones orales del maestro, á fin de que el niño se habitúe á cuidar de su cuerpo y á gobernar las facultades de su espíritu, dirigiéndolas hácia el bien, fuente fecunda de felicidad y término suspirado de todas las aspiraciones humanas.

El cuerpo es un instrumento del alma destinado á servirla y obedecerla fielmente; pero por lo mismo que debe responder siempre con exactitud á los llamamientos de aquella, ha de estar sano, fuerte y robusto: de aquí la necesidad y la importancia de la higiene y de los ejercicios gimnásticos; de aquí el

deber imperioso de evitar la intemperancia y los vicios que puedan debilitarle ó destruirle: de aquí la condenacion de las mutilaciones y el suicidio, que contrarian todas las leyes divinas y humanas.

El alma con sus tres facultades armónicas é independientes es el foco de todo lo grande, de todo lo sublime, de todo lo potente, de todo lo maravilloso y trascendental, que se lee en el rostro animado y en la forma erguida del rey del Universo. La sensibilidad, la inteligencia, la voluntad: hé aquí las tres potencias, los tres poderes mas altos del alma, que tiene que gobernar el hombre empleando en su cultivo todo el espacio de su peregrinacion sobre la tierra. Pero para llegar al fin de una manera sólida y segura, es preciso comenzar por el principio. Los padres primero y el maestro despues, son los encargados por Dios de alumbrar en la criatura humana los gérmenes del conocimiento de sus facultades y de prepararlos para continuar el trabajo por sí solos en los dias que siguen á la inocente infancia.

Vienen luego los deberes sociales, las relaciones que debemos mantener con nuestros semejantes, y que forman la moral social. La familia, base y fundamento de la sociedad es el primer lazo que une al hombre con el hombre. El amor de la familia empieza á despertar el amor al prójimo y echar los cimientos en que descansan las costumbres públicas. La experiencia y la historia, que es su depositaria, han demostrado de una manera evidente que la felicidad de los individuos y de los pueblos aumenta ó disminuye

á medida que disminuyen ó aumentan las relaciones de familia. Fuera de esa órbita, que forma el primer eslabon de la cadena social, nos encontramos con la vida pública, que no es mas que la continuacion y complemento de la vida privada.

Los deberes hácia Dios ó la moral religiosa complementan el importantísimo aprendizaje de que venimos hablando, y cuyas primeras nociones pueden adquirirse en la casa paterna y en las escuelas para fortificar el espíritu y estar siempre preparados contra las invasiones del génio del mal, que pone asechanzas contínuas á nuestra felicidad y á nuestro reposo.

La observancia justa de todos esos deberes hace que pueda decirse con propiedad que la conducta de tal ó cual individuo es buena. No basta que el niño se esté quieto en las clases y que el hombre no robe ni mate, para que se afirme que tienen buena conducta, si descuidan una sola de las obligaciones que la moral les impone á cada uno en su esfera. No robar, no matar, no ser irrespetuoso ni provocativo, constituirán cuando mas calidades negativas, que no pueden elevarse nunca á la categoría de virtudes y que nada valen por sí solas, si en el fuero de la conciencia se encuentran venenos que la atormenten, si no las acompañan todas las otras manifestaciones internas y externas del verdadero hombre de bien, del ciudadano perfecto, del varon fuerte y esclarecido, que levanta el rostro con orgullo y desafía sereno las tempestades; y en cuya frente majestuosa se embo

tan todas las asechanzas de la calumnia y de la envidia.

LAS PENITENCIAS.

El uso de las escuelas ha sancionado la voz *penitencia* para significar las pequeñas mortificaciones que pueden imponerse á los niños cuando faltan de cualquier modo á sus deberes. Nos gusta mucho más esa palabra que la otra que suelen emplear los que escriben sobre educacion para expresar la misma idea. No; *castigo* no puede valer lo mismo que *penitencia.* El primero envuelve algo de dureza y de severidad que no cuadra bien con la segunda. El orígen de ésta es santo y bendecido por el mismo Dios, sin que nadie pueda sustraerse á su influjo bienhechor. La penitencia conserva pura el alma del hombre: el castigo no tiene siempre esa virtud. Al niño que se castiga se le degrada: al niño que se penitencia se le guia y se le dirige suavemente por el único camino que conduce á su felicidad. Los castigos son mas propios del cuerpo, son verdaderas penas aflictivas: las penitencias son mas propias del alma, son verdaderas penas morales. A los hombres que delinquen los cas-

tiga la sociedad: á los niños que faltan los penitencian sus padres y maestros.

Las leyes criminales de todos los paises eximen á los niños de pena, porque son incapaces de cometer delitos. Luego es evidente que por grave que parezca á los ojos del maestro la falta de un niño, nunca podrá elevarla á la categoría de delito para imponer un castigo. Ahora bien: ¿corresponde siempre en las escuelas la voz penitencia por ellas establecida á todas las correcciones que se permiten imponer los maestros? Creemos que no, y vamos á demostrarlo.

No queremos recordar esas mal llamadas penitencias de que tanto se abusó en tiempos no muy lejanos. Nos referimos á los azotes dados con disciplina, á las palmetas de triste memoria, á las orejas de burro, y á otros mil medios degradantes y vergonzosos de hacer entrar la letra, como se decia, en la inteligencia amedrentada y confundida de los tiernos é inocentes niños. Esa época pasó, los tiempos van borrando las huellas de aquellos espectáculos, la razon y el buen sentido han roto las ligaduras de la barbarie y caminan con paso firme en su sistema lento y pacífico de adelanto y de progreso.

Hace algunos años que se ensaya en nuestros establecimientos de educacion otro órden de penitencias ménos duras y mas en armonía con las conquistas que diariamente hace el espíritu humano; pero entre esas penitencias existen todavía rezagos de otra edad, que es indispensable ir desterrando paulatinamente. Poner de rodillas á los niños con los brazos

abiertos, ó de pié sobre los bancos, lanzarlos de la clase y privarles del alimento, son verdaderos castigos y no penitencias como se las llama. Las dos primeras además de constituir penas corporales, tocan al honor y á la delicadeza del alumno que no deben jugar nunca, de ese modo indigno, en las combinaciones correccionales del maestro. El honor y la delicadeza deben aprovecharse de otra manera para fomentarlos y darles robusta vida, en vez de aniquilarlos y destruirlos abusando de su debilidad en la infancia del hombre. Lanzar al niño de las clases es privarle del aprendizaje que tiene derecho á recibir en la escuela. Quitarle el alimento ó disminuirlo es condenarle al raquitismo y obrar contra las leyes de la naturaleza y de la higiene.

Al llegar á este punto se detiene la pluma, porque los maestros interrumpen este escrito, preguntando ¿cuáles serán las penitencias lícitas para el autor de estas líneas, si se prohiben las que juzgamos suaves é inocentes? En las escuelas, señores maestros, se educan personas racionales que aspiran á un puesto digno en la sociedad; vuestras penitencias no deben ser tales que haya en ellas ni el mas remoto peligro de que se degraden los niños, ni pierdan sus lecciones, ni se debilite su cuerpo: vosotros que sois hombres de entendimiento y de corazon, debeis pensar mucho en el corazon y en el entendimiento de los niños: dirigid vuestras penitencias por esa via con tino y constancia y paciencia, y no temais, que los resultados serán maravillosos. Despertad sobre todo la emulacion

en los alumnos, y en eso solo tendreis un millon de medios para penitenciar á vuestros educandos, que se afanarán por merecer vuestra aprobacion y por conservar las distinciones con que hayais premiado sus desvelos y buen comportamiento. Las salidas á sus casas los domingos y dias festivos y la privacion del recreo en las horas á él destinadas, serán otras especies de penitencias que podreis imponer sin peligro y con provecho. Conservad, por Dios, en los niños ese candor y esa inocencia de los primeros años; no os expongais con vuestra dureza á que os ódien y os maldigan; cuidad muy especialmente de ser justos y oportunos en vuestras correcciones, de manera que la indignacion no empiece tan temprano á encender el alma vírgen de los niños; y tened en cuenta finalmente, que sois responsables ante Dios y ante los hombres de los alumnos que tomeis á vuestro cuidado para convertirlos en ciudadanos útiles, que es la mision mas grande de vuestra envidiable carrera.

LA ATENCION.

Cuando allá en las impenetrables y misteriosas regiones de lo infinito concibió Dios el pensamiento de dar al hombre un alma racional, comprendió que la

obra quedaria imperfecta si no le proporcionaba los medios de hacer fructuosas las facultades otorgadas, dirigiéndolas y gobernándolas á su voluntad. Con este motivo le concedió la atencion, que segun Balmes, *es la aplicacion de la mente á un objeto.* Las facultades del alma permanecerian dormidas y en una quietud lamentable y desconsoladora si no las despertase la atencion, dándolas movimiento y vida, y haciéndolas producir, en sus evoluciones, tan gigantescos y portentosos resultados. No hay conocimiento alguno posible sin la atencion, y como saber es existir racionalmente, podriamos negar la existencia de la criatura racional, si la despojásemos del derecho de recoger sus facultades y encaminarlas todas hácia tal ó cual órden de ideas ó de objetos, que es lo que en el lenguaje de la filosofía se llama atender.

No queda, pues, la menor duda de que el sér humano posee la facultad de atender y que la usa constantemente, porque no de otro modo podria llevar á cabo nada razonable en la vida. Pero ¿hará siempre el hombre el mejor uso de esa importantísima facultad? ¿Deberá abandonarse á los instintos naturales y dejarla despertar por sí misma con los años, ó será mas provechoso cultivarla y educarla desde temprano en las escuelas? El trabajo es la fuente de todo progreso, ya se aplique á las cosas materiales, ora se encamine á vigorizar las fuerzas del espíritu. Pero el trabajo es una pena, es un castigo, es el dolor que se hizo padecer al primer hombre por su pecado. Y ese santo dolor que se resuelve en tan puros y legítimos

placeres y que es manantial fecundísimo de tantos bienes, es la pesadilla perpétua de la humanidad. Es preciso, por consiguiente, que se enseñe al niño de una manera práctica y sensible el valor del trabajo que emplea en cada uno de los ramos del saber que empiece á cultivar en la escuela.

El hombre se inclina con mas facilidad á la pereza, que es primariamente placer, aunque luego se convierta en dolor, que al trabajo, que es primariamente dolor, por mas que se trasforme bien pronto en fuente de placeres. De aquí el motivo del abandono de la atencion en los primeros años, y de las dificultades infinitas que experimentan en sus estudios la mayor parte de los jóvenes, que por no cultivar con esmero aquella facultad, se distraen fácilmente y no saben explicar lo mismo que acaban de leer. Atender es trabajar, pero es trabajar para saber, y el tiempo que se emplee en dirigir bien la atencion de los principiantes, será el mas meritorio para los maestros de conciencia y el que les hará verdaderamente acreedores las recompensas del profesorado y á las bendiciones de todos los buenos.

No se nos ocultan los inconvenientes de gran tamaño que se presentarán al maestro en tan árdua como difícil tarea. El niño no se fija en las palabras del profesor sino despues de muchas y pacientes repeticiones. No comprende tampoco, por mas que se le repitan, las ventajas de la atencion, y es indispensable que el maestro la fomente y la mantenga en sus alumnos acercándose á su edad, á sus gustos y á sus

condiciones intelectuales, por todos los medios que le sugiera su celo, su experiencia, su amor á los niños y sus constantes desvelos en bien de la enseñanza.

El mejor sistema ensayado hasta el dia para mantener fija la atencion de los niños es el de despertarles la curiosidad é interesarlos en la narracion. Es cierto que hay estudios que no se prestan al método sin grandes esfuerzos de inteligencia por parte del educador; pero en otros se alcanza muy fácilmente el resultado con un poco de trabajo y de paciencia. "Hacer felices á los niños, dice De Gerando, es el medio mas eficaz de aficionarlos al trabajo." Hé aquí el gran problema que está por resolver todavía: el modo de hacer felices á los niños en las escuelas municipales de la Isla, de manera que todos se apresuren á frecuentarlas y que no sea preciso acudir á las amonestaciones y á las multas para compeler á los padres á que cumplan con uno de sus deberes mas sagrados.

Bien comprendemos que las palabras de De Gerando se refieren á que los niños estén contentos y satisfechos en la escuela; pero al mismo tiempo nos parece útil que se les dé alguna ampliacion, procurando labrarles la felicidad en todas sus esferas. Para ello volvemos á nuestro tema de la atencion, y recomendamos de nuevo su cultivo, persuadidos de que ese será el medio mas eficaz, si no el único posible, de echar las sólidas bases de la mayor felicidad apetecible en la tierra, que es la que está en relacion con los conocimientos que se hayan adquirido.

¡Cuántas maravillas y trasformaciones se experimentan en la inteligencia humana con el buen uso de la atencion! Cómo se recogen las ideas y se extienden y se comentan y se expresan de mil maneras despues que hemos meditado algun tiempo, sin distraer nuestra atencion ni sacarla un solo instante del fondo de la materia que nos proponemos tratar! ¡Qué satisfaccion interior tan legítima y placentera, cuando la práctica de atender nos ponga en habilidad de improvisar, en un momento dado, el comentario de un discurso que acabemos de escuchar, y emitir sobre él una opinion razonable y ajustada á lo que realmente haya dicho el orador!

El que atiende trabaja, ya lo hemos dicho; y ahora añadirémos, que el que trabaja, tarde ó temprano recoge el fruto de sus fatigas. Los que adquieren desde sus primeros pasos el hábito de la atencion están siempre armados para todas las luchas de la inteligencia. Si escriben, serán los fuertes adalides de la pluma, á quienes no se ocultará el mas mínimo incidente que pueda favorecer su causa, ni la expresion mas recóndita que, escapada al contrario, le sea contraproducente, y dé con él en tierra.

Si hablan, serán siempre los oradores elocuentes y los adversarios mas temibles en el foro ó en el parlamento. Estos oradores no necesitan apuntes; no toman notas; para ellos es inútil el lápiz ó la pluma en las contiendas de la palabra; escuchan con atencion y ordenan perfectamente en su cerebro lo que ha dicho el contrario y lo que ellos tienen que decir;

allí se incrustan de una manera firme las ideas y no hay poder humano que las borre ni las separe de su sitio, para salir luego fáciles y naturales y llenar de admiracion á los oyentes. Y, ¿quién ha efectuado esos prodigios? ¿Cómo se han conseguido resultados tan extraordinarios? La atencion responde á la primera pregunta: el hábito de atender es la contestacion de la segunda.

LA LECTURA.

El hombre camina siempre hácia delante. Sus pasos serán mas ó ménos cortos segun las circunstancias y los tiempos; pero nunca dejará de andar en busca de ese ideal mágico que se llama *perfeccionamiento*. Y nada importa que se le quiera detener en su marcha, si los obstáculos van á despertarle nuevas fuerzas: hay leyes en el mundo del espíritu tan eternas é indestructibles como las de la materia en el órden del Universo. El deseo de adquirir los bienes intelectuales es tan conforme á la naturaleza humana como el de alcanzar los bienes materiales; porque ámbos satisfacen necesidades apremiantes en el curso de la vida de los pueblos.

Enseñar al que no sabe: hé aquí un precepto santo de nuestra religion. Dios quiso por consiguiente, que todos supiesen, que no hubiera ignorantes entre los hombres, y que el que mas supiera enseñara al que supiera ménos. Pero el egoismo falseó el precépto, y los que supieron mas quisieron ser los escogidos, y no enseñaron á los otros, porque creyeron los hombres, en aquellos remotos tiempos á que nos referímos, que podian gobernar mejor á sus hermanos dejándolos en el embrutecimiento, con el fin de obtener al mismo tiempo mas ventajas de sus fuerzas físicas y aprovecharse sin tasa de sus vigilias y trabajos.

Ese sistema de oscurantismo y de tinieblas ha desaparecido, por fortuna en las constituciones modernas de los Estados, merced á las conquistas del pensamiento y á los progresos de la filosofía del derecho, que han sabido restituir al individuo las facultades mas preciosas de su existencia y colocarle á la altura que debe conservar siempre en las diversas situaciones de la vida. La educacion y la instruccion se difunden entre nosotros á manos llenas en todas las clases de la sociedad: ahí están abiertas infinidad de escuelas gratuitas para los pobres: ningun artesano podrá quejarse mañana de su ignorancia: ningun español podrá decir que no se ha ilustrado por falta de prevision ni abandono de su Gobierno: en los dominios españoles todos los ciudadanos deben saber leer y escribir y por este medio adquirir los demás conocimientos que sean compatibles con sus gustos y aspiraciones.

Hay una clase numerosa entre los hombres que vive del trabajo de sus manos, y que no por eso está dispensada de cultivar su inteligencia en los momentos que les deje libres el ejercicio de sus fuerzas materiales. La lectura debe ser, pues, el mejor entretenimiento del trabajador en los ratos de ócio. Cada idea nueva que, por ese medio, penetre en la inteligencia del obrero, será una nueva y robusta garantía de órden, de paz y de ventura para la comunidad. El que desconoce los derechos del hombre en la vida social, se cree dispensado de respetarlos; y es indudable, por otra parte, que el cultivo de la razon suaviza de una manera prodigiosa los instintos salvajes, que tiene necesidad de dominar á cada paso el que se titula, sin embargo, *Monarca del mundo.*

Como no se trata de que el trabajador se convierta en sabio de la noche á la mañana, sino de que adquiera la instruccion acomodada á su estado y á las fuerzas de que pueda disponer, teniendo en cuenta la manera imperfecta de su educacion científica y literaria, parece prudente que se ejercite, ante todo, en la lectura de libros elementales. Y entre esas mismas obras elementales debe elegir las mas sencillas y en que con mayor claridad se dén las nociones primeras de las ciencias y las artes. Comprendemos que no se encontrarán muchos trabajos de este género para hacer una cómoda y breve eleccion. Recomendamos, sin embargo, como un ensayo de bastante mérito el *Curso de instruccion popular* que publica actualmente el distinguido Presbítero D. Rafael A. Toymil.

La halagadora novela es el libro favorito de todas las clases. Puede ser con todo, muy perjudicial su lectura, si no se emplea el cuidado mas escrupuloso y el mas exquisito discernimiento en la eleccion de las que deban ponerse en mano de los trabajadores. En ninguno de los géneros de literatura puede envolverse el veneno con mayor facilidad que en el novelesco; por lo mismo que tanta parte toma en él la imaginacion, perdiéndose, á veces, en el laberinto peligroso de lo fantástico y lo sobrenatural. La novela corta y moralizadora, la que enseñe tanto como deleite, la que se acerque mas á la realidad de las cosas sin sacrificar la verdad al efecto, la novela sencilla de la moderna escuela española: hé aquí la que conviene al artesano, la que puede instruirle y moralizarle.

Tampoco creemos que debe desdeñarse la buena poesía en el repertorio de lectura del hombre del pueblo; pero no vemos grandes modelos que elegir entre los modernos. Nos agrada mucho mas la conceptuosa poesía de nuestros padres que el exajerado lirismo de los que hoy se embelesan contando los pétalos de una flor y lanzando al aire lastimeros ayes, envueltos en insulseces y lugares comunes. No quiera el cielo que estas generalidades se traduzcan como un exclusivismo en favor de lo antiguo, y una imprudente é inmerecida reprobacion de todo lo moderno en poesía.

La lectura de la buena comedia, que abunda en nuestros autores clásicos, puede ser igualmente de

gran provecho á los trabajadores. Esa comedia de costumbres que pone de manifiesto el vicio y realza la virtud, que sabe despertar en el alma tantas emociones y que hiere de una manera tan suave como benéfica la imaginacion de los lectores, es á nuestro entender uno de los intrumentos mas fáciles y eficaces para instruir y moralizar al pueblo, deleitando su entendimiento y moviendo los resortes mas delicados de su sensibilidad.

Los periódicos diarios y las revistas especiales de artes y ciencias contienen tambien un caudal de lectura inagotable. Estas publicaciones ofrecen la ventaja de la variedad que distrae la imaginacion, paseándose el entendimiento sin fatiga de un asunto á otro y conservando insensiblemente algunas ideas útiles de las muchas que cada dia repiten sus labios.

La lectura, en una palabra, hace culto al artesano, contribuye á fortalecerle en todos sentidos, le aparta siempre de los vicios y puede llevarle á mejores y mas altos destinos.

EXAMENES.

El mes de Diciembre de cada año es la época designada entre nosotros por la costumbre para someter al juicio público el resultado de las tareas de profeso-

res y alumnos en los establecimientos de educacion. ¡Cuánto regocijo para los que han empleado fructuosamente el tiempo! ¡Cuánta vergüenza para los perezosos! Los primeros van á dar testimonio de sus progresos, á despertar en todas las almas las simpatías mas halagüeñas: los segundos á poner de manifiesto su ignorancia, á producir indignacion en el auditorio, á causar cuando mas esa lástima humillante y desconsoladora que tanto se asemeja al desprecio y á la indiferencia. El espectáculo en el primer caso es sublime é interesante; triste y desgarrador en el segundo.

Los exámenes comienzan siempre por las clases de Religion. Nada mas justo y razonable que esa preferencia á la primera y mas alta institucion del Estado, al primero y mas apremiante deber del ciudadano, al vínculo de amor y esperanza que nos eleva á Dios. Preséntanse los niños á recitar de memoria el Catecismo del padre Ripalda y á decir las primeras oraciones con que se reverencia al Creador. Hasta este punto todo es natural, todo está en su puesto. Toca el turno á los mas adelantados, á los que pueden pensar y discurrir, á los que aprenden la Historia Sagrada y reciben lecciones de Moral evangélica. Tambien los de esta clase repiten y decoran al pié de la letra las palabras del texto, con esa precipitacion y ese tono tan peculiar á los que no se dan cuenta de lo que dicen. Los maestros y maestras preguntan con el Catecismo y el Fleury en las manos; y cuando lo saben de memoria, hacen gala de su habilidad, interrogando sin mirar al libro y con la inquietud y el

temor y la vaguedad consiguientes á quien no quiere perder el hilo de las cuestiones para no extraviarse, ni torcer el curso de la carretilla de su discípulos. La memoria es una de las facultades mas preciadas del alma, pero inconstante y fugaz. Solo la inteligencia puede aprisionarla con fruto y hacerla servir para diferenciar al hombre del papagayo. Continuemos el exámen.

Clase de Aritmética.—Estamos de enhorabuena. El maestro no puede descansar en la memoria de sus discípulos; es preciso que trabaje con ellos constantemente en la pizarra. La Aritmética no consiente otro sistema, y es forzoso abrazarlo, mal que pese á la indolencia de algun institutor. Diferéncianse sin embargo de una manera bien perceptible en esta enseñanza la competencia del profesor y la disposicion de los alumnos. Hemos presenciado clases de Aritmética muy inferiores en que se comprendian mal las cuatro primeras reglas, sin darse cuenta de su mecanismo y significacion: hemos asistido á otras muy notables y merecedoras de los mayores elogios, en que el maestro ha sabido colocar en la inteligencia de los niños de tal modo preparadas las ideas, que las han hecho suyas fácilmente, dando muestras inequívocas de haber penetrado en el fondo de la enseñanza. Para dirigir una clase de Aritmética no basta haber aprendido ese ramo y poseer en él los conocimientos necesarios para los usos comunes de la vida: es indispensable que el profesor se sienta con disposiciones especiales para los números, que tenga

verdadera vocacion por esa ciencia sublime que á tantos niega sus favores.

Clase de Geografía.—Volvemos al cultivo exajerado de la memoria. No contentos con el auxilio de los mapas hacen los maestros que los niños aprendan al pié de la letra la descripcion de cada pueblo, recitando tan de prisa y de tan mala manera, que es imposible seguirlos en su relacion ni mucho ménos formar juicio de lo que cuentan. Este es sin duda uno de los estudios en que mas se necesita la memoria; pero emplearla con desprecio de la inteligencia es un crímen. La enseñanza de la Geografía puede darse con tal amplitud y provecho y de un modo tan cómodo y sencillo, que parece increible que haya hombres tan indolentes y de tan poca conciencia, que malgasten un tiempo precioso en tomar lecciones y en señalar friamente algunos puntos en el mapa. ¿Por qué no dar las nociones mas elementales de Historia universal al enseñar Geografía? ¿Qué motivo hay para que no se hable de Historia natural en esa clase? ¡Cuántas ideas saludables pueden inculcarse á los niños, y cuántos conocimientos útiles adquirirse con ocasion de la enseñanza de la Geografía! Pero es mas cómodo para el maestro el sistema que impugnamos, y por eso es preferido en las escuelas primarias.

Clase de Gramática.—Esta es una de las enseñanzas en que mas lucen los alumnos en los exámenes. Se escribe un período en la pizarra y entra el análisis de las partes de la oracion con las otras preguntas

de rigor, que constituyen hoy una rutina en aquellas escuelas en que no se sazona la enseñanza con la conveniente explicacion del profesor. Hay mucho por hacer todavía en el aprendizaje de la gramática para que alcance la importancia que le corresponde. En muchos establecimientos hemos visto sostener algunas innovaciones no aprobadas ni admitidas todavía por la Academia Española, única corporacion que da la ley, entre nosotros, en materia de lenguaje. Repetímos, con todo, que los exámenes de gramática nos dejaron mas satisfechos que los de las otras asignaturas.

Despues de lo que precede, escrito bajo la impresion desagradable que han producido en nuestro espíritu, algunos de los actos públicos á que concurrímos en Diciembre del año último, queremos hacer justicia á los profesores que la merecen, manifestando que tambien presenciamos exámenes dignos del siglo en que vivímos y en armonía con los progresos de la civilizacion. Tambien hay en la Habana colegios donde el magisterio es un verdadero sacerdocio, donde se recogen cada año abundantísimos frutos, donde la especulacion huye avergonzada para dar paso franco á los sentimientos generosos y á las nobles aspiraciones.

La generalidad con que hemos redactado este artículo no nos permite citar nombres propios. No renunciamos por ello el derecho que tenemos, como ciudadanos y como vocales de la Junta local de Instruccion pública, de censurar lo que en estableci-

mientos determinados de educacion juzguemos digno de censura, así como el gratísimo de tributar elogios á los que se desvelan por la enseñanza y lo demuestran en los actos solemnes que han sido objeto de nuestras observaciones de hoy.

LA ENSEÑANZA DOMESTICA.

Nuestra ley de estudios permite que los padres puedan educar á sus hijos en lo privado, valiéndose de maestros que elijan á su voluntad. No hacemos oposicion á la ley, celebrando por el contrario la libertad que deja al ciudadano en este punto. Pero ¿será conveniente que se use siempre de ese derecho? ¿Aprovechará mas la enseñanza privada que la enseñanza en las escuelas? Hé aquí lo que nos proponemos dilucidar en este artículo.

A nadie se oculta que hay una época en la vida en que no debe ponerse en las manos de los niños ningun libro, ni fatigarles la memoria con el aprendizaje de composiciones en prosa ó verso, cuyo sentido es imposible hacerles comprender. Nos referímos á la primera edad de la criatura hasta que entra en el sétimo año de su existencia. Esos seis años primeros

pertenecen exclusivamente al cuerpo: nada para la inteligencia. Esos seis años son de contemplaciones, cuidados y suaves advertencias; de temores y sobresaltos para la madre, de aspiraciones y esperanzas para el padre; de amor y de delirios para los dos. La razon no se ha despertado todavía en el niño y es inútil recurrir á ella para enseñarle lo que sin ella seria de todo punto infructuoso.

Los padres se alucinan generalmente creyendo descubrir en sus hijos facultades superiores en esos seis años primeros de la vida. Y es tan comun esa creencia que, si se confirmara en la edad adulta, llegaria á constituir el número de los grandes hombres y de los génios, una inmensa mayoría en el mundo de las inteligencias. Pero es muy fácil á nuestro modo de ver, que el error se apodere en ese sentido de los espíritus mas ilustrados, y que se confundan los instintos naturales del tierno infante con el juicio y la reflexion del adulto. El niño imita y repite todo lo que ve hacer y oye sin darse cuenta de lo que ejecuta y dice; pero como los actos y palabras objetos de su imitacion y repeticion proceden de las personas que le rodean y contienen por lo tanto las acciones y los juicios reflexivos de aquellas, no es extraño que se alucine el padre mas avisado atribuyendo á su hijo el fruto de sus propias meditaciones.

En el laberinto de palabras y de ideas que el niño acumula maquinalmente en su memoria cuando comienza á balbucear la lengua de sus padres, lanza al acaso la mayor parte de las veces frases y períodos

que tanto pueden envolver un pensamiento profundo como representar una frivolidad ó una tontería. El padre se encarga de interpretar esas voces, y adicionándolas á su manera, concluye por encontrar en ellas un raciocinio ingenioso, superior á las fuerzas intelectuales del niño y precursor de una gran penetracion y de las disposiciones mas admirables. Y bien se ve que el discurso del padre está muy distante de haber entrado en la mente del hijo; que éste no pensó lo que aquel quiso hacerle pensar con su interpretacion arbitraria; y que si los niños discernieran, en el tiempo de que venimos hablando, como pretenden sus padres, embriagados por el cariño, seria casi imposible tropezar con los tontos y los idiotas y los estúpidos, que no faltan por desgracia para consuelo de las medianías.

Pasan los seis años instintivos del hombre y al entrar en el sétimo, que hemos fijado para sospechar por lo ménos, el principio del reinado de la razon, debe ponerse en sus manos el impreso sencillo y metódico en que se contengan las letras del alfabeto y las combinaciones de las mismas para formar palabras. Nada de pinturas ni de monifatos, que algunos modernos han introducido para adornar las letras y divertir á los niños, pretendiendo enseñarles mejor y mas pronto por ese sistema. Los signos del alfabeto se desfiguran lastimosamente de esa manera, haciéndose preciso un nuevo aprendizaje para conocer bien los que se usan en los libros y los manuscritos. Esos juguetes, por otra parte, sirven solo para los

sentidos, y ya no se trata del instinto sino del niño inteligente que va á desarrollar su razon y á conocer por medio de ella, con el auxilio del maestro, el valor de esos signos y sus combinaciones.

El hombre no se educa solo para la familia; se educa tambien para la sociedad en que vive: en la casa paterna debe recibir los principios salvadores de la religion, de moralidad y de conducta; en la escuela, los conocimientos preparatorios para las artes, los oficios y las profesiones, y la primera enseñanza práctica de la vida social. Por eso nos declaramos contra la enseñanza doméstica en cuanto priva al niño de la comunicacion y el trato con los demás de su clase, que es ciertamente lo que les inicia en los misterios de las relaciones del hombre con sus semejantes. No es posible tampoco que el niño consiga en lo privado con un maestro todo el caudal de ideas sobre los ramos que cultive, sin verse rodeado de compañeros con quienes consultar y hablar y discutir. Es demasiado duro, por otro lado, que un solo niño tenga que sufrir durante tres ó mas horas las preguntas repetidas del maestro, fatigándose su atencion y su memoria sin provecho ninguno para la inteligencia y con manifiesto deterioro de sus fuerzas físicas.

Es verdad que la enseñanza en comun tiene inconvenientes; pero nada hay en la vida que deje de tenerlos, y el tacto de los hombres pensadores debe dirigirse á balancear lo bueno y lo malo entre dos sistemas opuestos para escoger el que ofrezca mas ventajas ó presente ménos dificultades. Y no basta

ni con mucho para esta delicada operacion el número; es indispensable atender muy cuidadosamente á la calidad y á la importancia de unas y otros. Muy conveniente será sin duda alguna que el niño no adquiera los malos hábitos y aun los vicios de algunos de sus compañeros de escuela; pero aparte de que esto puede evitarse en los establecimientos bien gobernados, debe tenerse en cuenta que esos temores no pueden compensar nunca el mal positivo de que el niño se crie endeble, taciturno y enfermizo, y que adquiera desde temprano cierta propension al ensimismamiento y una desconfianza marcada de sus semejantes, que acaba por hacerles egoistas é insoportables en la sociedad.

Al expresarnos en estos términos no nos proponemos aconsejar que los padres abandonen completamente á su hijo entregándolo de un modo absoluto al maestro en las escuelas. Léjos de nosotros ese pensamiento y sosteniendo siempre que el hombre se forma tambien para la familia, creemos que solo en casos muy excepcionales debieran los padres hacer el inmenso sacrificio de enviar sus hijos á educarse en el extranjero. Todavía nos atrevemos á decir algo mas sobre este punto: llegan nuestras ideas á tal grado respecto á la conveniencia de que el ciudadano, despues del amor á Dios, tenga arraigado en su alma con tanta fuerza el de la familia, que nunca querriamos ver á los hijos fuera de la casa paterna en las horas destinadas al descanso, y que muchos pasan en el colegio viviendo sus padres en la misma localidad.

Es adagio vulgar que el trato engendra el cariño, y todo el mundo conviene en que la ausencia debilita las afecciones mas puras del corazon. Fomentar el uno y evitar la otra deben ser cuidados frecuentes de los buenos padres de familia para alcanzar de sus hijos la justa recompensa que deben esperar de ellos y las bendiciones de la nueva generacion robusta y vigorosa que leguen á la patria.

RETRIBUCION DE LOS MAESTROS.

Una de las materias que mas preocupan nuestro ánimo y que nos proponemos tratar con mayor escrupulosidad y constancia, es la referente á la educacion primaria. Mucho ha adelantado nuestra Isla de pocos años á esta parte respecto de ese particular; pero el asunto es vasto y aun falta muchísimo mas que hacer para acercarse á la perfeccion, que ya casi tocan otros paises. Han visto la luz pública escritos luminosísimos en todas las lenguas, desarrollándose en ellos teorías sublimes y valiosas sobre los mejores métodos de enseñanza en las escuelas; y por mas que

considerémos útil su lectura y estudio, no vemos que con eso se satisfagan las necesidades de nuestros institutos primarios.

Este modo de raciocinar parecerá seguramente exajerado á primera vista, y nosotros ántes que nadie lo hubiéramos tachado de inexacto, á no indicarnos la experiencia y la razon, que está de otra parte, por lo ménos en la isla de Cuba, el mal que siente en sus entrañas la importantísima educacion de la niñez, Nos contraemos á los profesores de primeras letras. y no precisamente por ellos sino por los que buscan sus servicios. No es posible que se desempeñe el magisterio con la dignidad y pericia que demanda tan honrosa profesion si no se alienta la carrera de los maestros, retribuyendo convenientemente sus fatigas y dándoles todo el prestigio y la fuerza moral que deben ejercer en sus alumnos.

Todas las reglas y todas las teorías mejor combinadas se estrellan en este hecho positivo: el profesor de luces y de verdadera ilustracion que no ve recompensado su trabajo, acaba por abandonar enteramente el ingrato ejercicio que le escatima el sustento, deserta de las filas magistrales y corre presuroso á emplear sus facultades en tareas ménos espinosas, de mas provecho y que mayores consideraciones le consigan. Si esto es cierto é indudable, ¿por qué no hemos de remediar el daño cuando es tan fácil conseguirlo? ¿Qué motivo hay para que en un pais rico, como éste, no se pague el profesorado siquiera justamente, ya que no se tenga generosidad? ¿No se em-

plean con profusion grandes sumas en objetos ménos interesantes?

Cuando se retribuye bien el magisterio siempre se encuentran personas de talento, moralidad y ciencia que dediquen sus desvelos á la enseñanza primaria; y los que reunen estas cualidades no necesitan que se les diga ni explique el mejor sistema, ni órden ni nada de lo que conduce á dirigir la inteligencia de las tiernas criaturas que se les encomienden. El hombre de talento, de moralidad y de ciencia, adopta el sistema de los hechos, de la experiencia, de los resultados: desprecia la rutina y la monotonía que mata la clase mejor dispuesta, y vuela en alas de su génio con la firmeza y seguridad que da el verdadero saber. Un profesor que puede elevarse á esa altura tiene seguro el triunfo y hará prodigios con sus discípulos.

El hombre es curioso por naturaleza y le halaga y deleita lo desconocido: el niño gusta de novedades, y el maestro hábil puede educar ese gusto y conducir á sus neófitos de pensamiento en pensamiento á las ideas mas grandes y provechosas de los conocimientos humanos. ¡Quiera Dios que los padres de familia reconozcan estas verdades, y no regateen nunca al profesor digno y entendido el honorario sagrado de la educacion de sus hijós!

ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE.

La educacion de la niñez, tema constante y moralizador de este siglo, no se obtiene sin embargo con las ventajas que reclama la cultura de la época. Todos los periódicos de esta Isla y las plumas mas caracterizadas de sus escritores se ocupan con preferencia de la educacion; exponen las mejores teorías; combaten los añejos defectos de algunos sistemas; dan reglas y preceptos de suma utilidad; escriben obras especiales para dirigir los vacilantes pasos de los niños en sus primeros ensayos; y á pesar de todo, los resultados no corresponden en lo general á tan nobles y filantrópicos esfuerzos. ¿Cuáles serán las causas de efectos tan lamentables? Hay muchos por desgracia, que es preciso repeler con energía: aquí nos ocuparémos solo en averiguar si ¿se enseñará aprendiendo? y si se ¿aprenderá enseñando?

Para emprender ó adquirir cualquiera de los conocimientos de la vida, se necesita sobre todo que nuestro entendimiento tenga un guia seguro, un termómetro invariable, un método razonado que haga entrar en nosotros insensiblemente el género de verdades que deseamos comprender. Este principio nos

indica que no se puede lograr ninguna especie de adelanto sin que algun hombre experimentado, algun verdadero maestro nos simplifique el trabajo y nos dé un órden gradual de reglas que solo su práctica y la sólida instruccion que haya adquirido, pueden hacer fáciles y naturales. ¿Bastarán acaso para ejercer dignamente el magisterio las lecciones incompletas que se refirieron en una mala escuela en época en que tal vez el entendimiento no estaba en sazon ni siquiera de aprovechar lo poco bueno que se le inculcara? De ningun modo.

Y sin embargo, hay muchos hombres que por cualquier circunstancia abandonan una carrera brillante, ó haciéndose sordos á las voces imperativas de su conciencia, dejan las tareas útiles del entendimiento, y en medio de los vaivenes posteriores de su vida recurren entre nosotros al difícil cargo de maestros. Pero ¿de qué medios echarán mano esos individuos que no cuentan con las mesadas de un padre honrado que se sacrificaba por dejarles despues de sus dias la única herencia duradera y envidiable de la sólida instruccion? ¿Cómo podrán atender á un mismo tiempo á las exigencias de su casa y familia y á las que le demanda el deseo de instruirse?

Estos extremos no pueden conciliarse con facilidad, y hé ahí el orígen de la turba inmoderada de mentores con mezcla de jornaleros que nos asedia por todas partes. Los profesores deben estar bien retribuidos, es cierto; pero si no existiera esa plaga de pretendidos maestros qne venden su falsa ciencia por

una mesada tan miserable como sus conocimientos, quedaria el campo libre para que los hombres verdaderamente instruidos y dignos estipulasen un precio decente á sus esfuerzos y merecimientos. Pero volvamos á la cuestion.

¿Podrán enseñar nada esos hombres que necesitan aprender? Claro es que no. ¿Serán sólidas y fundamentales las doctrinas que salgan de sus labios profanos? De ninguna manera. Y advierto que hablo de cierta clase de profesores, que tienen siquiera la disculpa de ir guiados en su empresa por el amor al trabajo y el deseo noble siempre de instruirse é ilustrar á sus semejantes; por qué si tropezamos con otros muchos, por no decir el mayor número, que en medio de su ignorancia y de su ineptitud y poco amor á las letras, tienen sin embargo arrojo y serenidad bastante para lanzarse en la carrera del magisterio, nuestras lamentaciones y quejas serán mas amargas y desgarradoras. Queda demostrado que el que aprende no está en habilidad de enseñar: que no puede enseñarse aprendiendo.

Tampoco puede aprenderse enseñando. ¿Cómo ha de abarcar los principios generales de la ciencia quien no la saludó en su vida? ¿Serán suficientes los libros y la leccion de cada dia para que el profesor adquiera los conocimientos que necesita trasmitir? En vano procurará hacerse superior al órden imprescriptible de las cosas humanas; sus esfuerzos impotentes acabarán por agobiarle sembrando en su alma el tedio y el fastidio. La duda mas insignificante que ocurra

á un niño le hará temblar y maldecir tan comprometida situacion. Los progresos de estos desgraciados son los del papagayo ó la cotorra que repiten de memoria lo que oyen. El problema de aprender de esa manera y por saltos y sin órden no ha podido resolverse todavía.

La juventud que caiga en esas inmundas manos, ¿alcanzará algun provecho? ¿Obtendrá algunas ventajas? Adquirirá los conocimientos que necesite? Pensamos de buena fé que una respuesta afirmativa seria una monstruosidad inconcebible. El mismo inconveniente que apuntamos respecto de nuestros mentores en cuanto al método y órden lógico que necesitan observar para conseguir su intento, nos ocurre ahora con relacion á los niños. Los vicios que se toman en la primera edad son muy difíciles de desarraigar en otra época: nada exige, por lo mismo, mas atencion, esmero y cuidado que un niño en los primeros pasos de su vida intelectual. Entréguense esos vástagos inocentes en las garras del primer preceptor que se presente, y la obra será perfecta. Aprenderán muchas lecciones de memoria, muchas palabras sueltas y frases enteras y párrafos completos sobre distintas materias; pero jamás formarán de nada un verdadero juicio, ni se darán cuenta de los sonidos que producen sus labios; sabrán ser pedantes y majaderos y pretensiosos, pero no aprenderán á discurrir sobre ningun punto con mediano acierto. Y estos niños así dirigidos ocuparán el lugar de sus *aventajadísimos* maestros y darán á los nuevos neófitos la misma instruccion y

principios que de aquellos recibieron. ¡Lamentable sistema que arruina en su cuna reconocidas capacidades!

Padres de familia: si quereis que vuestros hijos cultiven su entendimiento como cumple á vuestras aspiraciones, abrid los ojos y no os dejeis alucinar; lo barato no es siempre lo mas útil y provechoso; los buenos profesores, los hombres de reconocida capacidad é inteligencia no se conforman con el precio que ofreceis por la educacion de vuestros hijos; empleais en lujo y ficticio oropel lo que debiera serviros para ilustrarlos con arreglo á vuestra posicion y fortuna; no haceis caso, como decís á menudo, de las cantidades que invertís en esos deslumbradores adornos con que le aprisionais desde la cuna, y os importa mucho y regateais sin pudor las miserables monedas que os exige el pedagogo; encadenais sin reparo su débil cuerpecillo con estrechas vestiduras que la repugnante moda entroniza y le engalanais con preciosas joyas que os consumen gruesas sumas, y no pensais en los adornos del espíritu, en las joyas imperecederas de la sabiduría y en las vestiduras santas de la moral y la virtud.

JUICIOS AVENTURADOS.

Saber hablar es mucho mas fácil que saber callar. Esas gentes que todo lo hablan, que todo lo dicen, que todo lo comentan, que en todo se mezclan, que dan su voto en todo, son cien millones de veces mas perjudiciales que los ignorantes absolutos, si en cambio de su incapacidad poseen siquiera la virtud del silencio. De ese delirio de hablar mas de lo preciso y de querer figurar siempre en mayor escala nacen los juicios aventurados, y regularmente falsos ó erróneos, que lamentamos cada dia respecto de las personas y las cosas que nos rodean. Y como este vicio comienza en las escuelas para extenderse despues sin límites en el dilatado espacio de la vida social, será útil que se le combata en su cuna con esa energía, esa abnegacion y ese tino particular de los maestros entendidos y experimentados.

Formar un juicio es pronunciar una sentencia, y las sentencias no se aventuran. Los niños suelen juzgar á sus profesores y á sus compañeros mismos con sobrada ligereza. No bastan unos pocos datos aislados y mal recogidos para decidir sobre la conducta

ó el mérito científico ó literario de un tercero. Y no se crea que nos referímos solo á la conducta mala y al mérito negativo; que tambien es perjudicial y censurable el juicio ventajoso que se forme y se extienda respecto de individuos que no lo merezcan. Los dos extremos conducen á fines igualmente nocivos, y suponen la concepcion de los juicios aventurados, que deseamos combatir.

Los juicios por relaciones extrañas y sin una experiencia propia, son como los testigos de oidas en los procesos criminales: no valen de nada, no se les da crédito en ningun sentido. Y, sin embargo, esta clase de juicios son los mas frecuentes y los mas aventurados. Es mas cómodo y sencillo repetir lo que se oye de personas á quienes se cree autorizadas, que tomarse el trabajo de discurrir por sí mismo lo que parezca racional y justo. La tercera parte de la humanidad raciocina de este modo.

Hay otra clase de juicios que se producen por impresiones momentáneas favorables ó contrarias al que es objeto de ellos: tambien estos tienen que ser forzosamente aventurados. La simpatía ó antipatía que se experimenta respecto de ciertas personas, ofrece de la misma manera una abundante fuente y una ocasion peligrosa para los juicios aventurados. El espíritu de partido, un amor propio excesivo, la ignorancia, la fatuidad, la envidia, los celos: hé aquí otros tantos focos de juicios aventurados y sujetos, por consiguiente, á errores sensibles y trascendentales en muchas ocasiones. Otra tercera parte de la humani-

dad distribuye sus juicios con arreglo á los antecedentes consignados en este párrafo.

«No hay peor *enemigo* que el del propio oficio.» Un refran castellano autoriza esa proposicion en iguales ó parecidos términos. Pero tal vez no se haya interpretado bien el verdadero sentido de la voz *enemigo* en este punto. Siempre se trata de aplicar el refran á los que hablan mal de sus colegas, suponiendo que proceden por envidia ó por rivalidad. No desdeñamos esta acepcion de la palabra, si bien creemos que puede recibir otra muy natural y comprensible y que se acomoda perfectamente á las ideas que venimos emitiendo en este artículo.

No hay peor enemigo que el del propio oficio, significa que ninguno existe mas pertrechado para descubrir la verdad; ninguno puede juzgar con mas certeza acerca de las profesiones ú oficios, supuesto que conoce la materia; ninguno emitirá un juicio mas seguro y caracterizado; nadie podrá alucinarle respecto del valor real ó imaginario de las personas de su misma carrera. Intervendrán muchas veces las pasiones mezquinas en sus fallos: de ese peligro no se liberta el hombre fácilmente. Pero es un hecho innegable que los del mismo oficio son los que están en habilidad de juzgar mejor á sus compañeros, y por eso se les reputa como los peores enemigos, los que hacen relucir defectos, los que derriban la fama mal adquirida, los que quitan la venda á los que solo viven de apariencias, los únicos capaces de encontrar la verdad y mostrarla reluciente á los que tienen ojos

y no ven En la otra tercera parte de la humanidad se encueutra, por lo tanto, la clase que está en mejores condiciones para juzgar, y sin embargo, verémos todavía en ella un número infinito de juicios aventurados.

Cuando el hombre haya adquirido el arte de hablar á tiempo y de guardar silencio oportunamente, se habrá alcanzado la resolucion de uno de los problemas mas difíciles de la ciencia de la vida.

LA TOLERANCIA.

Los maestros deben ser tolerantes con los niños. Si hay algo repugnante y pernicioso en las escuelas, débese la mayor parte de las veces á la falta de paciencia y de tolerancia en los profesores Nadie necesita tanto como el niño de la bondad y sufrimiento y sacrificio, por parte de los encargados de su educacion. Por eso se ha dicho con acierto y profundidad de miras que el magisterio es un verdadero sacerdocio y que los que no se sientan con vocacion y fuerzas para ejercerle, deben retirarse pronto de las puertas del templo y no inficionarle con su aliento y sus miradas profanas. La dulzura y los halagos pue-

den mas en sus almas infantiles que las grotescas manifestaciones del miedo escapadas sin órden ni concierto de labios temblorosos y emponzoñados por la ira.

La viveza y la irreflexion, naturales en los niños, los hacen incurrir en mil faltas por minuto; pero de esas faltas ligeras é inocentes que solo corrigen los años y que suaviza en la primera edad una direccion prudente y tolerante. Algunos maestros pretenden hacer estatuas de los niños; no quieren que se muevan, ni hablen, ni respiren con libertad. De aquí los bostezos y las contorsiones repetidas de un cuerpo aprisionado, que pugna por desasirse de las ligaduras que le condenan al quietismo, contrariando las sábias leyes de la naturaleza. Si no quereis que los niños se fastidien de la escuela y de vosotros, dejadles algun movimiento, entretenedles con vuestras explicaciones amenas é instructivas, no prolongneis las clases ni las horas de estudio hasta un punto superior á las fuerzas del alumno, no le maltrateis de palabra y mucho ménos de obra, recordad, en una palabra, que ejerceis un sacerdocio y debeis conduciros como el mejor, mas humilde y mas santo de los sacerdotes de la enseñanza.

Pero existe todavía otro espacio mas dilatado en la vida de la escuela, donde puede estudiarse la verdadera vocacion del maestro, su dominio sobre sí mismo, su paciencia evangélica, sus virtudes, y sobre todo ese conocimiento especial y raro de la gradacion de las ideas en la mente humana, segun la edad y las

circunstancias de los individuos. El maestro no tiene derecho para exigir de los niños que le comprendan siempre y repitan de seguida lo que les ha explicado. Suponiendo que se hayan expresado con toda la claridad imaginable, nada pierden en repetir con diferentes palabras lo que aquellas inteligencias débiles no alcanzaron en el primer momento. Su mision es enseñar, y no se enseña sin trabajo y sin fatiga. El magisterio es un sacerdocio en que debe predicarse constantemente y repetirse hoy y mañana y todos los dias los pensamientos que no han logrado fijarse bien en la memoria y en la inteligencia de los educandos.

No hay ley ni razon que justifique esas palabras mal sonantes para calificar la incapacidad de los niños. En este punto suele haber muchas y lamentables equivocaciones en las escuelas. Los misterios del desarrollo de la inteligencia son de Dios, y al querer penetrarlos el hombre, se expone á mil errores y desaciertos. Tanto la luz como la oscuridad le engañan: los rayos iuminosos demasiado vivos en los primeros años, hacen presentir génios, que el mundo conoce luego como pobres medianías: las sombras retardadas y sostenidas, son á veces precursoras de tanta luz, que con ella puede luminarse toda la tierra.

Hemos visto ya que tanto respecto de las faltas muy comunes en los niños como por lo que hace á su aprendizaje, deben ser tolerantes los maestros. Pero entiéndase que la tolerancia á que nos referimos no ha de traducirse nunca en indiferencia y apa-

tía, al extremo de abandonar los medios de corregir prudentemente lo que merezca represion y encaminar á buen fin las facultades intelectuales de los alumnos. La tolerancia aquí es lo contrario de la exageracion: no es delito de Estado la travesura de un niño: no es ni puede decirse idiota al que apénas ha saludado los libros y oido algunas explicaciones.

Negamos la existencia de niños incorregibles y nos rebelamos con todas nuestras fuerzas contra la costumbre recibida, en los establecimientos de enseñanza de esta Isla, de *echar* de la escuela ignominiosamente á los que no pueden contener en sus travesuras. El hombre no es tan malo como se le pinta, ni el niño tan fiero que se agoten para él el catálogo de las correcciones escolares, sin alcanzar el fruto deseado. Decir que un niño es incorregible es negar la perfectibilidad del hombre desde sus primeros pasos en la vida: si no es dable enderezar al tierno vástago, ¿cómo se sostendrá derecho sobre sus raices el árbol corpulento? El que no sabe hacerse respetar de un niño, de esos que llaman incorregibles, no sirve para maestro de escuela. La humanidad no puede degradarse en la cuna, sino fuera de ella, en ei mundo de los negocios, en presencia de los vicios, con el demonio de la especulacion, ó por medio de las apremiantes torturas de la miseria. La cuna de la humanidad educada es la escuela: el niño en la escuela carece de términos hábiles para ser incorregible.

Pero hay otra reflexion que destruye, á nuestro juicio, en su raiz, esa costumbre. Si echais al niño de

la escuela, ¿á dónde irá? Si le lanzais de la casa en que se prepara al hombre para el bien, ¿qué será de él? Si no quereis corregirle allí sus primeras faltas, ni colocarle en el buen camino, ¿en dónde se enmendará? ¿Quién le enseñará la ruta que conduce al templo de los hombres honrados? El maestro tiene obligacion de hacer todo eso en la escuela, y no puede libertarse de la carga que voluntariamente echa sobre sus hombros, con tan ridículo y miserable pretexto.

¿Y el porvenir del niño despedido? ¿Se piensa tan poco en la vida futura de un hombre para disponer con tanta facilidad y ligereza de su suerte? Ese niño que no puede acabar su aprendizaje mas indispensable, que no es admitido en ninguna otra escuela, que lleva consigo á todas partes la mancha de un lanzamiento afrentoso, está perdido para siempre. Los que pudieron y debieron formarle para la sociedad le han lanzado de su seno y condenado á la ignorancia y al embrutecimiento. ¿Y con qué derecho exigirá el mundo á ese huérfano infeliz, moralidad, virtud, conocimientos? La pena de expulsion de la escuela es demasiado severa é injusta para que tenga partidarios entre los hombres que piensan y discurren. Aconsejamos de todo corazon á los maestros la mas completa tolerancia en particular tan delicado.

Tambien nos atrevemos á negar la falta de capacidad en algunos niños, al extremo de que pueda permitirse un maestro anunciar á su padre, tutor ó encargado, que debe retirarlo del establecimiento por

no ser posible enseñarle nada y que con tal motivo se le destine á un arte ú oficio. Parece que estos profesores se figuran que para las artes y oficios no se necesita encomendar nada á la inteligencia ni ejercitar la memoria en ningun sentido. Pero sea de ello lo que fuere, ¿es verdad que existen niños tan rudos que no pueden aprender á leer, escribir y contar hasta las cuatro reglas de la aritmética, y adquirir las nociones mas indispensables de nuestra religion, los principios de gramática y ortografía castellanas y algunas ideas de agricultura, industria y comercio, que completan la primera enseñanza elemental? Las mismas bestias aprenden cosas mas difíciles, atendidos sus medios, si el hombre se propone enseñarlas con esa constancia y abnegacion que vencen las grandes dificultades.

No, no es verdad que haya niños á quienes sea imposible enseñar esas nociones tan precisas para penetrar en el mundo de la inteligencia, aunque no se profundicen sus arcanos. No, no es verdad que un maestro ilustrado y decidido deje de sacar partido de los niños que se reputen por mas torpes. No, no es verdad que la criatura humana sea en ningun caso inferior á las bestias. Tolerancia y paciencia y trabajo, señores maestros, con los niños que se dicen rudos, y la impotencia desaparecerá y los padres os bendecirán y el mundo dirá que habeis llenado vuestra mision santa y dignamente.

LA DISCUSION.

Pocas de las verdades que conoce el mundo habrán alcanzado un asentimiento tan unánime como la que enseña el valor, la importancia y los efectos saludables de la discusion en las especulaciones del espíritu. La discusion hace brotar la luz de las tinieblas, confirmando el principio, tantas veces repetido, de que las fuerzas individuales son susceptibles de sumas y multiplicaciones, cuando se aplican unidas á las obras de la materia ó del entendimiento. Pero no todos saben discutir, ó mejor dicho, no todos comprenden ni se fijan en los verdaderos límites de la discusion. Y si esto es así, parece indudable que los maestros de escuela están obligados á iniciar á los niños teórica y prácticamente, en los primeros pasos de un arte sencillo, que va degenerando por la incuria y el desden con que se mira.

La primera leccion en esta materia deberá dirigirse á inculcar en el ánimo de los alumnos las diferencias sustanciales que existen entre las voces *discusion*, *debate*, *disputa*, y *polémica*. *Discusion* es el hecho de in-

tervenir dos ó mas personas en el esclarecimiento de algun punto dudoso, ofreciendo cada uno las ideas y observaciones que le ocurran, con el único y exclusivo fin de hallar la verdad. *Debate* es la misma discusion, en que la divergencia de pareceres se prolonga, al extremo de sostener cada cual lo que juzga como cierto, con pruebas y razones presentadas de buena fé. *Disputa* es el propio debate, seguido sin órden ni concierto y llevado hasta la tenacidad. *Polémica* es el debate apasionado y encendido por el amor propio, en que se emplean todos los ardides y argucias posibles para vencer al contrario. La *discusion* es tranquila y razonada; el *debate* animado y sostenido; la *disputa* desordenada y frenética, y la *polémica* mezquina y á veces baja. Las personas decentes y honradas *discuten;* los abogados sostienen *debates* en el foro; *disputan* las verduleras; y emprenden *polémicas* las gentes ociosas y mal intencionadas.

Parece, pues, que deben evitarse con el mayor cuidado la disputa y la polémica, haciendo siempre buen uso de la discusion y del debate en su caso. Si se graban bien esas ideas en la memoria y se acostumbra á los niños desde temprano á emplear las armas de la razon y el buen sentido en sus pequeñas divergencias de opiniones, es indudable que crecerán llenos de buena doctrina y se les encontrará siempre juiciosos, meditadores y profundos en las discusiones en que tomen parte en el discurso posterior de su vida. El deseo ardiente y sincero de hallar la verdad, despojado de las ridículas pretensiones del amor propio,

constituye y encierra esa sólida piedra fundamental del edificio de la discusion. Faltando esa piedra ó desfigurándola en la forma, el edificio es imposible, la discusion desaparece y el ideal que se busca se apartará mas de nuestros ojos, velados por la broza de las ideas y de las palabras deslumbradoras é inoportunas y regularmente apasionadas.

Los niños de ayer que crecímos sin esa preparacion indispensable para discutir razonablemente, hemos llegado á la edad en que no se disimulan sin trabajo los defectos y las faltas, y nos es forzoso defendernos de los tiros que por todos lados se nos asestan. Carecemos del hábito de la discusion y estamos dispuestos á incurrir en mil errores, porque presumimos, mas llenos de vanidad que de conocimientos, que es necesario triunfar del enemigo á toda costa.

Si discutiendo en las escuelas con nuestros compañeros, hubieran cuidado los maestros de guiarnos en esos provechosísimos ensayos, haciendo humillar el amor propio á la razon, siempre señora y siempre dominadora en los debates de la inteligencia, no creeríamos hoy pretensiosamente en la infalibilidad de nuestros juicios, ni contribuiríamos con miserables sofismas á dejar ahogada la verdad, porque salió primero de los labios de nuestro adversario. El hombre es limitado y pobre y está sujeto á errar todos los dias. ¿Por qué se avergüenza de confesar, en casos concretos, sus errores, si confiesa y sabe que está expuesto á errar y yerra á cada instante? En los casos particulares se encuentra con el amor propio y la

creencia perniciosa de que está en el campo de batalla, y es indispensable morir ó vencer á todo trance.

Las discusiones de esa manera entendidas, léjos de ser útiles y beneficiosas á los que en ellas toman parte y al público que tiene la paciencia de seguirlas, causan males sin cuento, siembran discordias, fomentan ódios y hacen penetrar en las entrañas del pueblo las pasiones de que se encuentran poseidos los disputadores ó polemistas. Cuando solo domina el ánimo de salir airoso en la pelea, se plantean mal las cuestiones, se sacan de su centro, se desnaturalizan y se las embrolla de tal manera, que ya á los fines, ni los contendientes ni el público saben á punto fijo de qué se trata. Y no es eso lo peor, sino que aguijoneados á veces por la ira, y no encontrando á mano razones ni argumentos que los auxilíen, acuden al terreno, siempre vedado, de las personalidades y de los insultos.

La buena crítica literaria se hace imposible con ese sistema de defensa. Protestar contra el mal gusto y los errores ó equivocaciones de nuestros escritores contemporáneos en prosa y verso, es el mayor de los pecados que puede cometer un hombre de conciencia. No se atribuye la crítica al deseo noble de poner las cosas en su lugar, sino al espíritu de partido, á la enemistad, á las malas pasiones y á otros mil motivos ajenos á la buena fé y al amor puro y desinteresado por el lustre de las ciencias y de la literatura. De aquí el encono y la prevencion con que se mira al crítico, y la lluvia de personalidades que caen sobre

su cabeza y que no le dejan ni siquiera respirar con libertad.

No se nos oculta que algunas ocasiones nace la provocacion de la crítica misma, por no ajustarse ésta á las reglas de la conveniencia y degenerar en libelo infamatorio; pero nosotros no hablamos de eso, que no es crítica ni merece ocupar puesto alguno entre las producciones de la inteligencia; nos contraemos solo á la crítica razonada y digna, que corrige, morigera y enseña. Los que tienen la fortuna de que sus escritos caigan en manos de algunos de los críticos de la buena escuela que venimos bosquejando, deben agradecer de todas veras las lecciones que reciban sin mostrar enojo por las justas y amigables advertencias que, en forma conveniente, se les dirijan.

El amor propio tiene y debe tener sus límites: no es posible saberlo todo, ni mucho ménos adquirir en un momento la práctica y la experiencia de las cosas, que traen los años y el trabajo. La docilidad en los jóvenes es joya preciosa y de valor inestimable: casi siempre viene acompañada de la modestia, tan rica y llena de encantos, tan apetecible y tan rara entre las cualidades de que debe estar adornado el escritor.

Estudiad y aprended el arte de discutir, jóvenes alumnos de las escuelas elementales, para que mañana cuando comenceis á dar publicidad á vuestras concepciones, no extrañeis la crítica cuando merezca esa calificacion, ni os desbordeis en la defensa cuando hiera de algun modo vuestra susceptibilidad. Si adoptais el medio que os hemos propuesto en este artícu-

lo, podeis ser útiles á la patria; de lo contrario vais á perjudicarla y ofenderla con una gritería insustancial y ridícula.

LAS CUATRO EPOCAS DE LA VIDA.

I.

Entre todos los séres que pueblan el Universo, solo al hombre es permitido hallar corto el tiempo y limitado el espacio. Pasa la vida entera en un contínuo aprendizaje; y cuando mas inmediato á la verdad se juzga, advierte maravillado que ignora todavía el arte de gobernarse y de vivir en paz con sus hermanos. Desde la cuna al sepulcro se mueve y se agita en un mar inmenso de deseos y aspiraciones, que no conocen límites. Pero nunca es mas cuerdo, que cuando consagra su existencia al bien de la humanidad, cultivando sus facultades creadoras, y disponiéndose con toda su alma á practicar la virtud y á buscar en Dios el término y la recompensa de sus sacrificios.

Recorramos, aunque sea con breves pinceladas, las

épocas principales de la vida del hombre, mirándole siempre bajo el prisma de la educacion y la instruccion, para no apartarnos de la índole especial de nuestro trabajo. Le considerarémos niño hasta los catorce años: de esta edad hasta los veinte y cinco le llamarémos jóven: de los veinte y cinco á los cincuenta gozará en toda su plenitud del honroso calificativo de hombre: y de esta fecha en adelante tendrá que resignarse á sufrir la triste denominacion de viejo.

II.

El niño empieza desde temprano á ejercitar sus sentidos y á fortalecerlos con el uso, para que puedan, en su dia, trasmitir á la inteligencia las impresiones del mundo exterior. Este primer aprendizaje es puramente material é instintivo; pero indispensable y fecundo, porque sin él no podria alcanzarse ningun resultado posterior, ni recogerse mas tarde los sazonados y sabrosos frutos de la meditacion. Los sentidos son los instrumentos de la inteligencia, y es preciso que estén en buenas condiciones para que no la distraigan ni la engañen. Preparadas ya las armas del entendimiento, viene el ejercicio de éste que se inicia tímidamente en el niño. Las ideas en esta época de la vida son confusas y poco seguras, se atiende mas á las partes que al conjunto, los eslabones de la gran

cadena de los conocimientos andan esparcidos en el cerebro sin lazo que los una, los juicios son débiles y casi siempre prestados, la memoria amontona en su depósito muchos materiales, muchas verdades, muchos pensamientos, que por mas que valgan y que pesen, no elevan todavía al niño á la concepcion de los principios, ni le sustraen de la autoridad ajena en las cuestiones mas triviales de las ciencias y las letras.

Pero no os asusteis con esas primeras dificultades, no temais ni retireis el rostro al encuentro de los primeros escollos: seguid adelante, que el camino es largo y hace poco que comenzásteis la jornada. Estamos todavía en la época de la siembra, y es preciso sembrar sin descanso: vuestra tarea es fatigosa ciertamente, pero pasiva: vosotros llenais vuestra obligacion depositando las semillas que os dan los directores de vuestro trabajo intelectual: á éstos toca escoger lo mejor y averiguar la oportunidad de la siembra y distribuir la simiente, segun la diversa extension y calidad de los terrenos. Ya veis toda la importancia y trascendencia de un maestro. Ellos son responsables del éxito que cada generacion obtenga, de la gran cosecha de los conocimientos humanos. Si los gérmenes son flojos ó nocivos, no es posible que los frutos dejen de participar de esos mismos vicios, por mas que haya ejemplos muy notables de degeneraciones en diverso sentido.

III.

El jóven vive la vida encantada de las ilusiones las mismas que forja respecto de todo lo que le rodea, se le representan cuando se trata de sus conocimientos. Alegre siempre y expansivo, le llama ménos las atencion el fondo que la forma. Va entrando en capacidad de crear y crea muchas veces, pero las mas de las ocasiones le ciega el brillo demasiado intenso de los pensamientos que concibe, y se distrae con la profusion de los materiales y el deseo de emplearlos todos en la primera ocasion que se présenta. Ha depositado muchas y buenas semillas en la niñez; pero descuida el riego, y quieren que brote ántes de tiempo. El jóven debe seguir sembrando, atendiendo á lo sembrado y cuidando con esmero las plantas que acaban de nacer. Cualquier otro sistema será imprudente, temerario y de resultados raquíticos y miserables.

Es muy justo y muy noble que el jóven ambicione la gloria y sueñe con ella; pero debe tener en cuenta que esa señora de alta alcurnia no se digna cobijar con su manto á todos los que le solicitan, ni permite el uso de su nombre á los que no hayan ganado el derecho de llevarle con el sudor de su frente. La gloria mira con benevolencia y con agrado á los jóvenes que aspiran á poseerla, y son discretos en su porte, modestos sin afectacion, pacientes en sus estudios, tímidos y mesurados en los juicios que formen de sus

maestros y contemporáneos, y sobre todo enemigos de la charla y de la publicidad prematura, que tanto deslumbra y tantas buenas capacidades infatúa y aniquila en flor.

Esta es la época de la vida mas expuesta á las alucinaciones y á las creencias exajeradas. El jóven ha divisado apenas el camino que conduce á la verdad, y se imagina que ya le ha recorrido por completo: oye hablar del corazon humano y de sus pliegues infinitos, y no titubea en afirmar que los conoce todos y puede desdoblarlos uno á uno: se trata de las pasiones elevadas, del amor por ejemplo, y el jóven lo diviniza y pisotea alternativamente, segun el estado de su alma y las situaciones en que se encuentre: si se mencionan los desengaños y las amarguras de la vida, nadie mas desengañado que el jóven, ninguno tiene mas derecho que él á quejarse de los infortunios y á llamar la muerte en sentidas endechas, pegando duros y repetidos aldabonazos en las puertas de la eternidad.

IV.

El hombre sigue todavía aprendiendo, y lo que el niño y el jóven buscaban fuera de su personalidad, quiere él encontrarlo en su propia esencia, dentro de sí mismo, estudiando su alma y dándose cuenta de lo que en ella pasa. El hombre comienza á reconcentrarse y se hace filósofo sin sospecharlo. Como ha llegado á la edad en que cesa la tutela, tiene que pen-

sar en dirigir sus acciones y en proporcionarse un sitio honroso entre sus conciudadanos. Esto hace que se dedique, con toda la fuerza de voluntad de que esté dotado, á recoger los materiales que depositó en su memoria en los años anteriores, á formar de ellos grupos diversos, segun su naturaleza, á colocarlos en el puesto que á cada uno convenga, á fortalecer los mas débiles con nuevos estudios, y á encaminarlos todos á los fines de la vida humana, entrando en el fecundísimo campo de las aplicaciones.

El hombre estará preparado de este modo para todos los combates. Las empresas colosales y atrevidas son de esta edad: los grandes monumentos, las obras maestras del génio, las asociaciones gigantescas, los descubrimientos asombrosos que registran los tiempos. Su derecho le dará valor, sus medios fortaleza, alas la esperanza. Sóbrio en el decir, medido en la palabra, enérgico en la idea, prudente en el obrar, decoroso en sus maneras, morigerado en sus costumbres, de alta inteligencia y corazon magnánimo: he aquí un imperfecto bosquejo del hombre de bien y del ciudadano meritorio y digno en todas las localidades de la tierra.

V.

El viejo no es el árbol caido á quien podamos ni debamos desdeñar. Es verdad que su cuerpo empieza á decaer, los males físicos comienzan á inquietarle; pero su poderosa inteligencia no le abandonará nun-

ca del todo en sus postreros años. Hay mucho que esperar todavía de los últimos resplandores de ese astro luminosísimo. El viejo es mas reposado y mas tardío en sus determinaciones; y por eso son mas certeras y seguras. Sus obras llevan siempre el sello de la meditacion y la paciencia, y si á veces pecan de frias y descarnadas en el lenguaje, no le falta jamás el fondo sazonado de verdades, que ha ido atesorando la experiencia en su cerebro.

Tambien paga el viejo su tributo al aprendizaje. Necesita aprender á ser viejo, que no es ciencia tan fácil como á primera vista parece. Los viejos contraen la manía insoportable de no querer ser lo que son; los recuerdos les vuelven el seso, y desean representar papeles que no convienen á la gravedad de sus años. Para corregir este vicio es indispensable estar muy sobre sí, y pensar contínuamente en el ridículo á que se exponen los que contrarían las leyes de la naturaleza y de la sociedad. Es bueno tambien que el viejo sepa que cada época de la vida tiene sus encantos y sus satisfacciones, no siendo menores que las otras las del viejo, que trabajando sin tregua en bien de sus hermanos, vé acercarse tranquilo la hora del eterno descanso sin el mas pequeño remordimiento en la conciencia.

VI.

El niño amontona en su memoria las palabras que oye al maestro y encuentra en los libros: el jóven

aglomera igualmente un gran número de ideas: el hombre las clasifica y metodiza y aplica: y el viejo recoge los frutos de tantas fatigas y penalidades. El niño es un trabajador pasivo, que no puede tener ninguna significacion científica ni literaria: el jóven puede adquirir perfectamente el concepto de poeta y músico: el hombre está en habilidad de todo: y el viejo debe ser maestro. El niño cree cuanto le dicen: el jóven no cree nada: el hombre cree lo que concibe como verdad: los viejos suelen creer en brujas. El niño vive en un mundo que no conoce, el jóven vive en un mundo que se crea: el hombre vive en el mundo de la realidad: el viejo vive en el mundo de los desengaños. Todos aprenden y se afanan por saber y desean lucir lo que saben, sin sospechar siquiera que la verdadera sabiduría no se encuentra en el mundo de la materia.

ESCUELA NORMAL PARA MAESTRAS.

No somos nosotros, ciertamente, del número de los que, exajerando la situacion de la mujer en todas las épocas, han pretendido pintarla siempre como víctima de los caprichos y las injusticias de los hombres.

Nuestras ideas en este punto son mas moderadas y están muy distantes de los extremos, que tocan con frecuencia los que gustan pasear su imaginacion por las regiones indefinibles de lo absoluto. La mujer no vivió en los antiguos tiempos en esa durísima esclavitud que tanto se complacen en describir los historiadores, si bien es indudable que su posicion en la sociedad ha ido mejorando cada dia y haciéndose mas importante y trascendental. Dios formó á la mujer para que fuese compañera del hombre: nunca dijo que seria su esclava. Y aunque el hombre haya olvidado alguna vez esa verdad, que se revela en la misma personalidad de la mujer, el principio ha permanecido incólume desde la creacion del mundo. No debe atribuirse nunca á la injusticia ni al capricho de los hombres lo que es fruto del error y la ignorancia de las edades. El cristianismo emancipó á la mujer, mas bien rompiendo las cadenas con que ella misma aprisionaba su razon para dar rienda suelta al uso inmoderado de los sentidos, que librándola del soñado despotismo del hombre, á quien se ha querido hacer mas salvaje que las fieras de los bosques y mas tirano con su compañera que todos los brutos.

No, la mujer nunca ha sido esclava sino de sí misma y de sus pasiones: las que han cultivado su inteligencia y por la superioridad de sus juicios han sabido elevarse á la altura que les corresponde han sido siempre libres y estimadas y respetadas en medio de las preocupaciones mas groseras de los tiempos. Pero la mujer ha querido alcanzar mucho mas de lo

que permite el buen sentido á su sexo débil y creado primariamente para ciertos fines que le son exclusivos. La mano sapientísima del Omnipotente ha puesto un límite ostensible á las aspiraciones de los sexos, haciendo de ambos dos poderes armónicos é independientes para el gobierno del mundo. Ninguno de ellos puede invadir las atribuciones del otro sin turbar la marcha de la sociedad humana y sin dejar de sentir en su propio sér algo contrario á su naturaleza íntima.

Margarita de Navarra trató de probar la superioridad de la mujer sobre al hombre: la señorita de Gounay se contentó con exigir la igualdad mas completa en los dos sexos. Y si bien es aceptable esta discusion respecto de las fuerzas intelectuales del hombre y la mujer, no puede sostenerse bajo ningun concepto cuando de aquella primera base se pretenda descender á la igualdad de atribuciones, de derechos y de deberes en la vida social. La Fisiología ha puesto una barrera insuperable entre el varon y la hembra, y es tan absurdo que ésta quiera desempeñar las funciones que para aquel están indicadas por la misma naturaleza, como lo seria que el primero intentase despojar á la segunda de las ocupaciones peculiares á su sexo.

Las mujeres no deben ser legisladores, jueces ni guerreros, pero tienen como los hombres el deber de cultivar su inteligencia y el derecho de instruirse en todos los ramos del saber humano. Compañera inseparable del hombre, debe seguirle denodada en todas

las esferas y acompañarle, á veces, hasta en las especulaciones mas recónditas del espíritu. Si quereis aspirar á la igualdad en este terreno, conquistadla, jóvenes esposas, preparando bien á vuestras hijas para que mañana no se avergüencen de su ignorancia cuando la suerte las una á los hombres ilustrados; y si por acaso alguna de vosotras recibe del cielo la chispa sagrada que se llama EL GENIO, no os enojeis con vuestro sexo y trabajad sin descanso, que nadie os cerrará las puertas que conducen al codiciado templo de la gloria.

Hay sin embargo algunos oficios y carreras comunes á los dos sexos; y entre las últimas descuella la del magisterio. Todo el mundo civilizado levanta su voz unánime para abogar por la mas esmerada y exquisita educacion de la mujer. Se han escrito muchos volúmenes en apoyo de esa necesidad siempre creciente de las sociedades modernas. Buenas madres de familia, se grita por todas partes; dadnos madres de familia dignas de este título, y el porvenir es nuestro. Pero, ¿cómo pretendeis la posesion de una cosa que exige tantas condiciones para adquirirse, si no poneis los medios indispensables á ese fin ni os tomais la pena de remover los obstáculos que os alejan del objeto apetecido?

Para lograr buenas discípulas es preciso tener buenas maestras. Y si está demostrada de una manera indudable la necesidad de las escuelas normales para la formacion de profesores, ¿qué motivo hay para que no se establezcan y se multipliquen proporcional-

mente las escuelas normales de maestras? ¿Qué razon existe para que en los paises mas civilizados de Europa y América sea tan exíguo el número de escuelas normales para mujeres comparado con las de la misma clase para los hombres? ¿Por qué no ha de haber ninguna en esta Isla destinada á crear profesoras, cuando tenemos á lo ménos una excelente para maestros?.

Los límites que hemos fijado á este artículo no nos permiten entrar en la respuesta y dilucidacion de las preguntas que preceden: baste saber, por hoy, que el Gobierno ha comprendido la necesidad apuntada, y que corre un expediente en la Direccion de Administracion con el fin de remediar aquella falta. Gracias á esa medida, inspirada aquí por la Junta local de Instruccion pública, podrémos ver bien pronto removido uno de los obstáculos mas poderosos, que entre nosotros, impiden la mejor educacion de la mujer. Nos consta que existen en la Habana profesoras muy recomendables y adornadas de todas las condiciones intelectuales y morales que constituyen las buenas maestras; pero no se nos oculta tampoco que á su lado pulula una turba de maestrillas ignorantes, que apénas pueden enseñar á leer y á rezar á las que tienen la desgracia de contarse entre sus discípulas.

El magisterio se ha hecho, en estos últimos tiempos, una carrera honrosa y de porvenir para las mujeres. El número de escuelas gratuitas de niñas se aumenta cada dia y se extiende por todos los ámbitos de la Isla. Pero, ¿qué harémos con escuelas si

faltan maestras? El Ayuntamiento de Colon, que en este ramo ha dado las pruebas mas evidentes de liberalismo y de verdadero interés, por la ámplia difusion de la primera enseñanza elemental en su distrito, no ha encontrado directoras para la mayor parte de las escuelas de niñas últimamente creadas. Y esto patentiza, á nuestro juicio, que ni siquiera, de inferior escala, contamos en Cuba con el número de profesoras suficiente á llenar las exigencias mas perentorias de la enseñanza.

Y es tan positiva la falta de maestras que la mayor parte de las que han tenido la fortuna de conseguir una escuela municipal pagan un ayudante para el desempeño de las clases que ellas no pueden dirigir por sí mismas, limitando algunas, su intervencion en la escuela, á la clase de costuras y bordados. Prescindiendo de la inconveniencia que, por regla general, resulta de que los jóvenes profesores sean auxiliares en las escuelas de niñas, deducimos de ese hecho que cuando las directoras que necesitan auxilio en la enseñanza acuden á un hombre, es sin duda alguna porque no encuentran mujeres que puedan prestárselo útilmente. Como quiera que sea, el mal se agrava con una rapidéz notable y ha llegado la hora de ponerle el único remedio provechoso para extirparlo de raiz: la, creacion en la Habana de una escuela normal de maestras para toda la Isla.

LOS IDIOMAS.

—

No está todavía muy apartada de nosotros la época en que solo se cultivaba el latin en las escuelas, y en que la calidad de buen latino era pasaporte seguro para ingresar cuando ménos en el repertorio de los hombres instruidos. Se creyó que el latin debia ser el único lenguaje de los sabios, y todos los que aspiraban, con mayor ó menor razon, á ese título envidiable, comenzaban por consignar sus ideas en la lengua del Lácio. Que hubo exageracion en este punto, no hay para que repetirlo: baste recordar que hasta las obras maestras escritas en las lenguas vivas se anotaban y comentaban en latin por los mismos conciudadanos de los autores que las produjeron. Habia muchas enseñanzas que se daban en latin, y en los exámenes y grados universitarios era de rigor expresarse en esa lengua y pronunciar algun discurso penosamente elaborado, que con mil fatigas y tropiezos se lograba encomendar á la memoria. Hasta fines del siglo pasado y principios del presente, puede decirse que la aficion al latin constituia una verdadera monomanía, que hacia de su estudio la panacea universal y la fuente única, donde debia encontrarse el

remedio contra la ignorancia y beberse el agua pura de las ciencias.

Líbrenos Dios de condenar, bajo ningun concepto, la enseñanza del latin ni la de ninguna de las lenguas muertas, que encierran tantos tesoros, aprovechables todavía por la generacion actual y las que están por venir: nosotros nos rebelamos solo contra el exclusivismo y la aficion inmoderada que quiera hacer, del mayor número, latinos consumados, sin recordar la fugacidad de nuestra vida y el inmenso y variado raudal de conocimientos que los siglos han ido amontonando y ofreciéndonos á manos llenas. Por fortuna los modernos han conocido ya estas verdades, y el latin ocupa el puesto que debe tener en los estudios generales. Las lenguas vivas de Europa han venido á tomar posesion de una gran parte del tiempo que deja libre el latin en la juventud de nuestros dias. Pero quizás la reaccion sea mas violenta de lo que quisiéramos: puede ser que el aprendizaje de los idiomas no guarde aun el equilibrio que debe conservarse siempre en las elucubraciones del espíritu, como se mantiene admirable y sorprendente en el órden físico del universo.

Está averiguado de una manera irreplicable que la mejor edad, para aprender las lenguas vivas, es la de la niñez. Los órganos que constituyen la prodigiosa máquina de la palabra son mas flexibles en el adolescente que en el adulto, y pueden por lo mismo amoldarse con mayor facilidad á los distintos sonidos de los idiomas extranjeros. Ya se comprende

que nos referimos á la materialidad de la pronunciacion y á la maravillosa aptitud de los niños para imitar y para retener todo lo que escuchan, porque cuando se trate de profundizar en el estudio de una lengua y de penetrar su índole y de compararla con las otras entrando en consideraciones de una esfera mas elevada, no será bastante la débil preparacion de un niño y sí la capacidad y la inteligencia de un adulto, que no aspire á pronunciar bien ni pretenda hablarla correctamente en poco tiempo.

Las ventajas que consiguen los niños con el perfecto y breve aprendizaje de los idiomas en sus primeros años no son tan absolutas que deban posponerse nunca á las mas apetecibles de poseer bien la lengua patria. Por este motivo no aprobamos que se ponga en las manos de los alumnos de las escuelas ningun libro en idioma extraño miéntras no hayan adquirido los conocimientos necesarios del suyo propio. Contra esta opinion se ha levantado, entre nosotros una cruzada de padres de familia, que consideran útil y sumamente provechoso para sus hijos la costumbre de acomodar, para su manejo ó inmediato servicio, criados ó criadas extranjeras, que les hablen siempre el lenguaje de su pais. Esta práctica lleva en sí misma todos los inconvenientes imaginables, sin ofrecer en cambio la mas mínima ventaja, el resultado mas insignificante en favor del tierno vástago á quien se desea beneficiar.

Nuestros lectores habrán oido hablar con mucha frecuencia de diferentes casos en que, habiendo reci-

bido algunos de nuestros compatriotas su primera educacion en el extranjero, han tenido olvidada, al retornar á las playas de Cuba, la riquísima lengua de Castilla. Y prescindiendo de la exageracion que pueda haber en este punto, es lo cierto que si el niño no sabia bien su lengua, habrá olvidado lo poco que de ella adquirió en su patria, ó conservado imperfectamente aquellos sonidos que no se fortalecieron con el uso. Si esto es, pues, exacto, ¿qué duda hay de que acontecerá lo mismo en el suelo natal si solo se habla al niño en la lengua extranjera? Y ¿qué importa que alguna vez se le dirija la palabra en la del lugar de su nacimiento, si el principal de los padres se encamina á que adquieran la extraña? Y llega la obcecacion de algunos á tal extremo, que apremiados con estas observaciones, responden muy satisfechos, diciendo, que para aprender el idioma nativo sobra siempre lugar, y que es mejor adquirir desde luego el que, á su juicio, presenta mas dificultades. Semejante raciocinio no merece refutacion: los lectores lo han juzgado ya.

Los criados, por otra parte, son en lo general gentes humildes, cuyo estado de pobreza no les ha permitido recibir una buena educacion, y cuyas condiciones sociales han hecho que se rocen solo con la clase ménos á propósito para dar ejemplos de buen decir y de modales delicados. Basta la enunciacion de estas verdades para comprender que esos maestros de lenguas vivas no son en realidad otra cosa, que infelices proveedores de lo único que poseen, á

saber: malos hábitos, términos vulgares, pronunciacion imperfecta, y en una palabra, una jerga inintelígible para las personas cultas y que ellos bautizan con los nombres de francés, inglés ó aleman.

Los idiomas no se aprenden bien sino despues de grandes fatigas y con maestros experimentados. Para dominarlos del todo es necesario mucha constancia en leer, traducir y hablar diariamente, y sin abandonar jamás el diccionario. Esos profesores de lenguas que ofrecen enseñar inglés ó francés en seis meses engañan al público con su charlatanismo incalificable. Debieran decir en sus anuncios: "Nosotros damos las nociones mas precisas é indispensables acerca de la pronunciacion y de la fraseología de tal ó cual idioma, de manera, que en seis meses puedan los alumnos continuar por sí solos sus estudios." Con este sistema de lealtad y de franqueza nadie se consideraria chasqueado al ver que en los seis meses no es dable alcanzar lo que hoy se promete.

Los que, seducidos por los pomposos anuncios de los especuladores, se proponen adquirir el conocimiento de una lengua en seis meses, se hacen la ilusion de que la poseen al finalizar ese plazo, no solo porque el amor propio los ciega con bastante frecuencia, sino porque el profesor está interesado en sostenerles el error para continuar reclutando víctimas en lo sucesivo. ¿Y habrá cosa mas ridícula y petulante que un aprendiz de idiomas que quiera persuadir á los demás de sus conocimientos lingüísticos, llenando sus escritos de frases extranjeras y de citas en la-

tin, griego, francés, inglés, aleman, italiano y otras mil lenguas, que solo conoce de nombre? Un pedante de esta clase nunca os preguntará por vuestra salud en castellano: es muy fácil aprender algunas voces de memoria en cualquier idioma, y lo primero que ocurre averiguar es el modo de dirigir un saludo. El saludo es el prólogo obligado de la conversacion: la mayor parte de los aprendices de lenguas se quedan en el prólogo.

Pero nuestra repugnancia á la fraseología extranjera en los escritos redactados en castellano, no se limita al uso inmoderado que hacen de ella los legos en materia de lenguas, sino que se extiende á los profesores y á los sabios y hasta los filólogos cuando no traten de filología. Este es un vicio de las sociedades modernas en que incurren los franceses como los ingleses y los españoles, y que no por su generalidad es ménos disculpable á nuestros ojos. El que escribe en castellano parece que aspira á que lean sus obras en primer lugar, los que sepan el castellano; y si introduce á cada paso frases extranjeras, en distintas lenguas, es evidente que se expone á que la mayoría de sus lectores se quede á la luna de Valencia. Si su pensamiento se reduce á demostrar la posesion de muchas lenguas, habrá perdido su tiempo lastimosamente, porque ya hemos notado la facilidad con que cualquiera puede hacer gala, de ese modo, de conocimientos á que sea del todo extraño.

El lujo de las apariencias invade cada dia con mayor fuerza á la pobre humanidad. La apariencia es

el gran elixir que se expende hoy del uno al otro polo para ocultar las miserias del cuerpo y embellecer, por la parte de afuera, las facultades del espíritu. El pobre quiere parecer rico: el ignorante aspira á que se le tenga por sabio. Y no es esto lo mas sorprendente, sino que muchas veces consiguen su intento y engañan al mundo con sus falsas vestiduras.

ENCICLOPEDISMO.

Es ya una manía de nuestros tiempos la de censurar con acritud los estudios enciclopédicos. Y á ese afan de los modernos por abarcar el mayor número de conocimientos posible en el mayor número posible de ramos del saber, se atribuye en lo general la escasez de hombres profundos y de pensadores eminentes. Tal vez tengan razon los que así discurren; pero es mas probable que se equivoquen á menudo en sus juicios, si solo buscan en el enciclopedismo la causa de los males que se deploran en las enseñanzas modernas. Antes del Plan de Estudios de 1842 las lamentaciones eran de otra especie; el reducido número de materias que se cursaban entónces para aspirar á las carreras literarias, estrechaba el círculo de ac-

cion de los estudiosos; formando verdadero contraste con la ámplia senda que despues se abrió ante sus ojos, admirados y sorprendidos con la profusion y la riqueza.

Los hombres de la primera época aprendian en las escuelas á leer, escribir y contar. El maestro daba de alta al discípuló cuando sabia leer de corrido en letra de molde y tal cual en manuscritos, cuando escribia con alguna soltura, aunque sin la mas remota idea de ortografía, y cuando contaba con el solo auxilio de las cuatro primeras reglas de la aritmética. El catecismo de Ripalda aprendido de memoria y el rezo en coro completaban la primera enseñanza escolar.

Con este equipaje sobre la cabeza (no nos atrevemos á decir en la cabeza, por no confundir lo mecánico con lo intelectual) mudaba el alumno de localidad y se hacia estudiante. Hacerse estudiante era comenzar con algun dómine ó en cualquiera portería de convento el laborioso aprendizaje del latin. Venia mas tarde la filosofía de Aristóteles con sus fórmulas sacramentales y ese ergotismo pedantesco que tanto exageraron los partidarios de la escuela, y quedaba el jóven en habilidad de elegir la profesion literaria que mas le inclinase.

La carrera eclesiástica era muy apetecida, y los padres gustaban de que sus hijos fuesen clérigos, aparte de otras razones por la no despreciable del número de capellanías que podria colarse el neófito. La abogacía tuvo entónces muchos prosélitos, la medicina ménos, y mucho ménos todavía la abandonada

farmacia. Para ser abogado bastaba el estudio del derecho civil y la práctica en el foro; el médico necesitaba algunos estudios teóricos y la práctica consiguiente; y los farmacéuticos se formaban con el mortero en una mano y la escoba en la otra.

Con tan exíguo programa hubo, sin embargo, hombres notables en las diferentes profesiones que hemos enumerado. Pero ¿podrá ni remotamente atribuirse al sistema ni á la calidad y cantidad de los estudios de entónces la produccion de algunas notabilidades? En todas las épocas de la historia de la humanidad se encuentran caracteres enérgicos y hombres superiores que se sobreponen á los defectos y á los vicios y á la ignorancia misma de sus contemporáneos, haciéndose paso por en medio de las tinieblas mas impenetrables. Ningun gobierno, ningun sistema, ningun maestro, conseguirán jamás contener el vuelo de aquellas capacidades que han venido al mundo para mandar en las esferas del pensamiento. Si el Plan de Estudios es diminuto, ellos lo ampliarán en reuniones privadas, ó solos en sus gabinetes rodeados de libros y á impulsos de su poderosa inteligencia y de su inquebrantable voluntad. Estos han logrado sobresalir, no por el sistema reducido de los planes de su tiempo, sino á pesar de ese mismo sistema.

Pero por lo mismo que deslumbran y admiran tanto esos talentos gigantescos, se disminuye su número cada dia. Y miéntras mas dilatado es el círculo de la enseñanza general, mas difícil se hace sustraerse á las miradas de la multitud, que busca ansiosa en el

hombre que aspira al dictado de sabio, todas las perfecciones imaginables y la profundidad de los juicios y el punto de vista elevado, aun en aquellas cuestiones sencillísimas de la vida ordinaria. En la tierra de los ciegos el tuerto es rey: en la tierra de los ojos claros será rey el que mas claros los tenga. Todo es relativo en este mundo, y miéntras mayor ilustracion se difunda en la sociedad, mas difícil se hará, pero mucho mas meritorio, ese codiciado título de sabio, á que tantos aspiran y que tantos usurpan.

Si son raros, pues, los hombres superiores es evidente que los Planes de Estudios se forman y deben formarse para proporcionar al mayor número de asociados el inapreciable bien de la enseñanza. Luego no cabe duda que el Plan mejor será aquel, que consultando las señales de los tiempos, se acomode á las verdaderas necesidades y aspiraciones intelectuales de las demarcaciones en que han de regir.

El Plan de 1842 no satisfizo, sin embargo, de una manera conveniente las exigencias de su época; fué una transicion demasiado brusca de lo antiguo á lo nuevo, de las tinieblas á la luz. Aquella filosofía peripatética que se cursaba en seis meses, se trasformó en un vasto sistema de estudios dificilísimos y complicados que debian adquirirse por completo en cuatro años y que abrazaban las secciones de filosofía y letras, (artes), ciencias físico-matemáticas y ciencias naturales. Las otras facultades recibieron reformas análogas. Nosotros no tachamos este Plan por lo que tiene de enciclopédico, sino por el método que pres-

cribe en las enseñanzas y la exigencia de que se hiciesen estudios completos en materias de que solo pueden adquirirse nociones, atendido el tiempo concedido para cursarlas y el número de asignaturas señalado.

Vino por último el Plan de 1863, que ha merecido á la opinion pública distinto concepto. El enciclopedismo continúa en él como uno de sus rasgos mas salientes. Ofrece con todo, aun en esa misma profusion de asignaturas, una diferencia marcada respecto de su antecesor de 1842. El Plan nuevo quiere nociones, principios generales, leyes que guien al entendimiento en sus múltiples aspiraciones: no pretende entrar en detalles ni hacer maestros en cada una de las ciencias que constituyen la segunda enseñanza. El enciclopedismo de hoy es el que deseamos defender, porque no se propone imposibles, ni crea dificultades, y puede realizar el enciclopedismo de mañana.

El hombre del siglo XIX tiene una tarea muy árdua que llenar: los siglos anteriores han ido acumulando todo un mundo de ideas y de conocimientos, que es preciso recoger cuidadosamente: los libros son el arsenal inmenso que guarda el depósito sagrado de tantas generaciones que pensaron ántes que la nuestra. Reunir esos materiales dispersos, clasificarlos, simplificar su estudio, hacer el resúmen razonado y metódico de las leyes que gobiernan el saber humano en todas las esferas: hé aquí el trabajo á que está llamado el hombre del presente siglo: hé aquí el enciclopedismo como nosotros lo entendemos. La

ciencia de las ciencias, la síntesis de los conocimientos, el código único y universal de la sabiduría: hé aquí una aspiracion digna de la época.

Pero esa ciencia es imposible, se dirá seguramente: el enciclopedismo de esa manera entendido es un sueño, una quimera, un fantasma, una ilusion. Sea, responderémos; mas el hombre emplea su fuerza y su actividad en otros sueños mas irrealizables todavía: busca la cuadratura del círculo y el movimiento contínuo, á pesar de las prescripciones inviolables de las ciencias físicas y matemáticas. ¿Por qué no ha de buscar con mayor fé y esperanza el ideal que hemos apuntado? El enlace maravilloso y sorprendente de todas las cieneias; ¿no es ya un dato positivo que puede aprovecharse en los primeros ensayos? La unidad que gobierna el mundo, la unidad que constituye la esencia del hombre, la unidad que realiza siempre el tipo de lo perfecto, ¿no hace presentir á gritos la posibilidad de la ciencia una, sin perjuicio de sus aplicaciones diversas?

El enciclopedismo de hoy, es decir, el afan de saber y de adquirir las nociones de todas las ciencias, contribuirá mas que ninguna otra cosa á despertar la idea del enciclopedismo de mañana, es decir, la posesion de las ciencias por medio de una llave que las encierre inviolablemente unidas. Esta union es difícil, pero no imposible. Para levantar el gran edificio es indispensable comenzar por reunir los materiales, y ¡cosa extraña! al logro de ese objeto se hace forzoso derribar una gran parte de lo existente. Es nece-

sario emprender la laboriosa tarea de examinar en cada ciencia lo que se ha escrito de mas para eliminarlo, y que nos queden solamente los sencillos principios que constituyan la ciencia misma. Que los autores no se propongan escribir mucho sobre cada ramo que cultiven, sino lo ménos posible, á fin de que en lo poco se encuentre la verdadera esencia de lo que se desea enseñar.

Puede ser que con este sistema se vaya adquiriendo paulatinamente la confianza que falta para acometer una empresa que se cree imposible de llevar á feliz término. Luego vendrá el hombre presdestinado que se encargue de condensar esos elementos en la ciencia universal que soñamos, y tendrémos el sublime enciclopedismo que formará del hombre el verdadero señor del Universo y creará los sabios de las futuras generaciones.

LA VERDAD Y EL ERROR.

Para llegar á la verdad es preciso pasar por el error: para hallar el error es indispensable llevar por delante la antorcha de la verdad. La verdad y el error, el error y la verdad, son términos correlativos que no

se concebirian faltando cualquiera de ellos; y á pesar de la distancia inmensa que los separa en lo absoluto, marchan casi siempre unidos en la mente limitada del hombre, y á veces tan amalgamados, que el error suele parecer verdad, y la verdad suele parecer error. Prevenirse contra esas apariencias y vencerlas es el trabajo mas colosal y digno del espíritu huma no y el ejercicio contínuo de la vida perecedera del sér inteligente.

Las formas del error son infinitas, y por eso es tan difícil conocerle siempre y apartarle de la verdad, que es una en su esencia y una en sus manifestaciones, aunque se encuentre velada por el ropaje de la impostura. Quiso Dios que la verdad, como concepcion de tanta valía, anduviese por las alturas, si bien al alcance de la inteligencia del hombre, para que los que aspirasen á poseerla se acercaran á El, que es la verdad absoluta. Quiso Dios igualmente que el error descendiese de lo alto para colocarse en la parte mas baja del entendimiento humano hasta producir las tinieblas, la ausencia de toda verdad, el error absoluto. Colocados en sentido inverso la verdad y el error, sostienen una lucha constante en el mundo de las inteligencias. El error que extiende sus ramificaciones hácia arriba se debilita á medida que sube hasta desaparecer completamente en la verdad absoluta, que es su término infalible. La verdad que lleva sus ramificaciones hácia abajo, se debilita á medida que desciende hasta extinguirse en el error absoluto, que es el caos, la noche, la nada.

La criatura humana comienza la carrera de la vida sintiendo á su lado el error, que la cerca y aprisiona en todas direcciones y pone obstáculos contínuos á su felicidad. ¡Desgraciados de aquellos que se dejan dominar por los obstáculos y no procuran vencerlos á toda costa! ¡Infelices niños esos que no tienen quien los guie en sus primeros pasos, por abandono, debilidad ó ignorancia de sus mayores! La enseñanza de las escuelas elementales es el primer antídoto contra el error: el estudio y la meditacion de la edad adulta completan la obra, aunque no la perfeccionen. La perfeccion está en los cielos, desde cuya altura inconmensurable se desprenden algunas chispas, que caen en las inteligencias privilegiadas, únicas capaces de acercarse á la perfectibilidad en las concepciones del espíritu.

El hombre nace imperfecto en su cuerpo y en su alma: pero lleva en sí todos los gérmenes que conducen á la mayor perfeccion posible en la tierra. Sus órganos se van desarrollando y fortaleciendo lentamente hasta adquirir la robustez necesaria á los fines de su destino. Su alma empieza á recibir las impresiones del mundo exterior y á darse cuenta de ellas de una manera equivocada la mayor parte de las ocasiones. Es qué los sentidos, que le sirven de medio para la percepcion de lo que pasa á su alrededor, no están educados todavía y le pasean de uno en otro error, sin misericordia ni consideracion de ninguna especie. Se imagina ver lo que no vé, oir lo que no oye, oler lo que no huele, gustar lo que no gusta y

palpar lo que no palpa. Y en este laberinto de errores y de confusion viviria peor que los irracionales, sino pusiera todo su afan y empleara toda su energía en separar lo falso de lo cierto, la mentira de la verdad.

Pero hemos dicho que el error lleva sus últimas raices hasta los confines mas altos de la verdad en la tierra. De donde se deduce que por mucho que andemos en el camino de la verdad y por mas errores que hayamos desvanecido en la jornada; siempre nos encontrarémos á los fines con las puntas de las raices, que vienen á morir en la verdad absoluta. Los filósofos mas eminentes en todas las edades han pagado su tributo al error, en la época misma de su vida en que el mundo los admiraba por sus obras maestras y los últimos y mas poderosos destellos de su génio. Es que el error no desaparecerá nunca por completo de la tierra: porque es una condicion de la existencia de la verdad. Es que la verdad tiene que ser finita y limitada en el hombre, porque tiene de contrapeso al error, que le disputa su imperio. Es el combate de la luz con las tinieblas, del alma con el cuerpo, del bien con el mal, del ángel con el demonio.

Pero esa lucha sostenida en la tierra desde los primeros dias de su existencia no acabará en ella ciertamente hasta la consumacion de los siglos. La verdad avasallará al error con el trabajo, y la constancia del hombre le tendrá siempre á raya y bajo sus piés; pero para extinguirle del todo es preciso subir al cie-

lo, haciéndose digno de comparecer ante el trono resplandeciente del Padre del Universo.

EL VALOR Y EL MIEDO.

Alguien ha dicho que el valor no es otra cosa que el arte de disimular el miedo. Y aunque esas frases no sean las mejores para definir lo que se trata de conocer, son excelentes para ponernos de manifiesto tres verdades indestructibles: 1ª que el miedo se presenta ántes que el valor en el corazon del hombre: 2ª que sirviendo el uno para disimular el otro, no hace mas que ocultarlo por algunos instantes á las miradas de los curiosos: y 3ª que no debe de ser cosa buena y apetecible esa que se oculta y disimula.

El miedo es en efecto uno de los enemigos mas constantes y peligrosos que encuentra el hombre en su camino desde que divisa por primera vez la luz. Ese fantasma terrible viste todas las formas para conservarse siempre en su puesto, siendo forzoso para desalojarlo emplear mucho tiempo, mucho trabajo y muchos medios de accion. El miedo, sin embargo no se deja dominar del todo, y por eso se dice co-

munmente que los que ostentan mas valor tiemblan en determinadas circunstancias. No es este motivo para que desmayemos en buscar arbitrios que nos pongan á cubierto de las funestas consecuencias del miedo.

La constitucion física delicada contribuye en gran manera á la pusilanimidad: es necesario por lo tanto, fortalecer el cuerpo del niño con alimentos sanos y nutritivos y con ejercicios gimnásticos bien combinados. Los cuentos exagerados y las pinturas de séres repugnantes y hechos sobrenaturales excitan la imaginacion y la predisponen al temor, produciendo la pérdida de la energía y de la posesion de sí mismo: es indispensable evitar esos peligros con fábulas sencillas y narracion de acontecimientos verosímiles, apartando siempre de las tiernas inteligencias los errores vulgares de brujas y fantasmas. Hay otros mil accidentes que influyen en el desarrollo del miedo en la primera edad, y que deben tratar de removerse con exquisito cuidado en las escuelas. Los niños miedosos si no se fortalecen y previenen contra ese defecto, serán tambien hombres miedosos, y los hombres miedosos están contínuamente expuestos á los caprichos de su fantasía y dominados las mas veces por agentes ilusorios.

Todos los medios que pongamos en juego para ahuyentar el miedo serán otros tantos recursos que nos irán proporcionando paulatinamente el valor. Este es el antídoto de aquel, y cuando el antídoto se sobrepone al mal se dice que el hombre es valiente;

el miedo queda entónces como confundido y ahogado en la valentía, y ¡cuidado con dejarle respirar un solo instante! porque puede levantarse airado al menor desliz y echar por tierra todas nuestras bravatas. El miedo domina en los primeros años; la buena educacion física y moral le quita gran parte de su fuerza, se equilibra bien pronto con el valor que se le contrapone, y acaba al fin por verse vencido y postergado en la pelea, gracias á la constancia y á los esfuerzos inauditos que emplea su contrario para conseguir la primacía.

El valor se adquiere ciertamente, por mas que haya personas en quienes se crea innato. Existen, es verdad, naturalezas privilegiadas y caracteres firmes y decididos que parece que nunca han conocido el temor ni han sabido lo que vale un obstáculo; pero esos mismos, si bien se examina, no han dejado de percibir el miedo allá en sus adentros y de verse perplejos en algunas ocasiones. Estos que saben disimular los avisos importunos de ese enemigo interior, son sin duda los mas aptos para combatir, los que se encuentran en mejores condiciones para sobrellevar la carga de la vida, los que están en habilidad de hacerse superiores á los trabajos y penalidades de este mundo.

El valor se adquiere, volvemos á decir, de mil maneras distintas, pero hay una que las resume todas y que debe ser como el punto cardinal donde descansen nuestras miradas y se fije nuestra atencion. Ese punto esencial es la confianza de sí mismo. Si pode-

mos hacemos capaces de tener confianza de nosotros mismos, si logramos destruir los errores que se apoderan de nuestro espíritu para debilitar el ánimo, si conseguimos adquirir las fuerzas físicas y el arte de auxiliarlas para robustecer el cuerpo, de seguro que alcanzarémos la apetecida posesion del valor.

El estudio y la reflexion nos librarán de las preocupaciones, poniéndonos en posesion de nosotros mismos respecto de todo lo que tenga relacion directa con la inteligencia. El arte de manejar las armas nos dará la posesion de nosotros mismos para arrostrar los peligros de la guerra; así como el de la natacion y el pilotaje para hacer frente á los embates de las olas y de las tempestades en el mar. Aprender y aprender siempre, saber y siempre saber: hé aquí la palanca poderosa que lo mueve todo, que todo lo vence, que todo lo facilita y proporciona.

Pero hay otra especie de valor de mayor precio todavía para el hombre, y que tambien se alcanza con el trabajo y la voluntad; el valor para sufrir los infortunios, las miserias y la muerte, sin lanzar una queja, sin proferir una maldicion, sin renegar de la vida. Y este valor solo saben darlo la religion y la filosofía. Meditad y orad, niños queridísimos, y sereis fuertes y triunfareis de vuestros enemigos.

LAS NIÑAS.

La mujer es elemento esencial de la familia y las niñas constituyen la primera manifestacion de las mujeres. Las manifestaciones de una cosa revelan por completo la cosa manifestada. Las niñas del paganismo, aquellas que no conocian la religion verdadera y que se formaban en la escuela del lujo y de los placeres mundanos, revelaron el elemento material de la familia en toda su desnudez, con todas sus asquerosas consecuencias. Las niñas de Jesus y de María, esas que se educan en el recogimiento y la virtud y que cultivan incesantemente las nobles facultades de su espíritu, son las únicas que pueden representar á la mujer como elemento moral y social de la familia. Una niña recogida y virtuosa, será indudablemente una mujer ejemplar: una niña trabajadora y aplicada al estudio, será una mujer instruida. Los buenos principios hacen presentir siempre mejores fines.

Un gran pensador pedia madres para gobernar el mundo; y ese simple hecho demuestra el valor y la importancia que daba al sexo privilegiado, que solo es bello, para nosotros, cuando las cualidades del alma superan todas las perfecciones del cuerpo. Las

niñas bien educadas nos ofrecerán esas madres andando los tiempos; y con ellas se levantará, bajo sólidas bases, el edificio de la virtud, que es la fuente mas pura de donde brota todo lo grande y todo lo sublime en las sociedades cristianas. Si las niñas pudieran persuadirse de estas verdades desde que comienzan su educacion en las escuelas, es casi seguro que ninguna dejaria de poner cuantos medios sean imaginables para hacerse acreedora á los envidiables dictados de buena hija, primero, y excelente esposa y madre de familia, despues.

Y esas calificaciones no son tan difíciles de alcanzar como pudiera parecer á primera vista. Basta para ello una voluntad firme y un estudio constante. La firmeza de la voluntad debe encaminarse á seguir invariablemente aquellas reglas de conducta que la moral y el buen sentido aconsejan en la vida de las mujeres. El estudio se dirigirá á los ramos de la enseñanza primaria elemental y superior, y á los de la segunda enseñanza que sean compatibles con la condicion y aspiraciones de las que los emprendan.

Las niñas deben ser sumisas y obedientes á la voz de sus padres y maestros, oirles siempre con atencion y seguir sus consejos sin vacilar. Ni el padre ni el maestro podrán jamás engañarlas; ambos se interesan vivamente por su felicidad. Moderadas en todos sus actos, no deberán olvidar ese precepto en sus horas de recreo y en sus conversaciones. A los mayores se hablará con respeto y consideracion; á los iguales, con bondad y cordura. Y para no errar nunca en lo

que se dice, procurarán las niñas hablar solo de aquellas cosas propias de su edad, sin tomar parte en las conversaciones de otro género, que pueden llevarlas á inconveniencias perjudiciales y de inminente peligro en la flor de sus dias.

Castas y puras como su primera sonrisa, ha de estar el ambiente que las rodee tan fresco y respirable, que trascienda desde léjos el bálsamo suave de las limpias emanaciones del cuerpo, iluminado por los ténues rayos de la luz apacible que despida su alma virginal. La castidad y la pureza son de tal modo esenciales á la mujer y de tal manera indispensables en las niñas que solo cuando se poseen en toda su plenitud, puede asegurarse que la niña es perfecta, que la mujer es modelo de virtudes. La castidad y la pureza han de verse por todas partes, en todos los estados, en todas las situaciones, en todos y en cada uno de los actos de la mujer. Han de verse y sentirse y comprenderse hasta en los objetos de su uso diario. ¡Que la castidad y la pureza se descubran desde que pisemos los umbrales de la casa donde habitan mujeres castas y puras! ¡Que veamos retratadas la castidad y la pureza de las amas en el porte de los criados, órden y colocacion de los muebles, en el aseo y compostura del conjunto! ¡Que cuando penetremos en el recinto perfumado de las vírgenes, experimente nuestra alma ese placer inefable que produce la contemplacion de una alcoba limpia, de un lecho blanco y sin manchas, de un tocador sin afeites, de un todo sencillo y *puro* y *casto* como las maneras y el decir de la due-

ña candorosa que nos muestre su pequeña morada!

El comportamiento de las niñas con sus compañeras debe ser cordial y franco. La envidia ha de estar muy léjos de su corazon, y cuando en éste se manifiesten los primeros síntomas del mal, la cabeza deberá desvanecerlos y destruirlos para siempre. Cada uno tiene que conformarse con la suerte que Dios le haya deparado. Las riquezas no son los únicos bienes de este mundo; la envidia de las riquezas es el peor género de envidia que ha podido inventarse por la ignorancia y la degradacion. El amor de las riquezas tiene hoy su principal fundamento en el amor al lujo; y el amor al lujo se despierta de una manera desoladora en las mujeres. Ninguna quiere parecer inferior á las demás; pero la inferioridad y la superioridad para las mujeres de que venimos hablando, se mide por varas, depende de la mayor ó menor longitud y riqueza de los vestidos. El traje no hace al monje; pero sí hace á ciertas mujeres de nuestros dias.

Ese vicio pernicioso del lujo puede corregirse sin dificultad con el pequeñísimo trabajo de examinarlo en sí mismo, estudiar su índole y averiguar las causas que lo motivan. El lujo vale tanto, en buen castellano, como ostentacion, vanidad, miseria. Y mas que todo eso, significa la ausencia completa de las buenas cualidades del cuerpo y del espíritu, que es preciso suplir con los adornos exteriores. De donde se deduce que el lujo es tambien una mentira. Las mujeres

hermosas, física y moralmente consideradas, parecerán tanto mas bellas y elegantes cuanto mas sencillo sea su traje. El talento y la virtud no necesitan de los atavíos importunos del lujo: la hermosura los rechaza como un insulto manifiesto á las gracias naturales.

Pero ¿de dónde nace el lujo? ¿Cómo se infiltra en el corazon de las mujeres? ¿Por qué medios se sostiene y vive y crece y se muestra cada dia mas formidable y amenazador? El lujo es hijo legítimo de la frivolidad y la ignorancia en las mujeres; penetra en la inteligencia de éstas por la debilidad ó la malicia de los hombres; y se arraiga y crece amenazante por la desmoralizacion y el desenfreno de los dos sexos. Las mujeres que no se educan, que no estudian, que no aprenden, que no saben, son naturalmente ignorantes, no piensan nada sério ni fundamental: en los entendimientos vacíos de ideas, solo se aposenta el aire; y ese aire es la frivolidad; y la frivolidad se resuelve en muchas cosas perniciosas, entre las cua les descuella el lujo. Los hombres lo fomentan elogiando la elegancia y el gusto y la riqueza de los vestidos, y haciendo creer á las mujeres, por debilidad unas veces y por malicia otras, que son el modelo de lo perfecto en materia de afeites y prendidos. Los dos sexos acaban por convencerse de la utilidad y la conveniencia de esas superfluidades, dando pábulo al entronizamiento de las modas mas extravagantes y ridículas. Y luego se dirá que progresamos: si las mujeres no lo remedian, vamos derecho al abismo,

conducidos en alas de la moda y del lujo desmoralizador de nuestros dias.

En el trato con los inferiores y con los criados, deben ser las niñas prudentes y reflexivas. La soberbia y la altanería son vicios detestables en todas las épocas y condiciones de la vida; pero en la primera edad y respecto del sexo bello son además repugnantes y groseros. Las niñas que reprenden á los criados de sus casas con palabras duras, y les gritan y les mortifican de cualquier manera, proceden con ligereza é imprudencia y se hacen acreedoras á las mas ágrias censuras. Las que pegan y maltratan de hecho, no son niñas, sino pequeñas bestias, que pueden convertirse en hienas implacables con el uso prematuro de los castigos. La chismografía es otra mancha vergonzosa que debe desterrarse de las conversaciones de las niñas. No hay nada mas odioso y censurable que un chisme, y en boca de una niña, que debe ser el mismo candor y la ingenuidad misma, se hace todavía mayor el defecto y mas trascedentales sus consecuencias para lo futuro.

La primera condicion en materia de estudios es el amor al trabajo. Las niñas que sean capaces de observar la conducta que dejamos indicada en los párrafos que preceden y de evitar ó corregir los vicios que tambien hemos mencionado, no podrán ménos que ser aplicadas y buenas. Si fueren hijas de padres pobres deberán conformarse con adquirir la educacion primaria elemental, dedicando todos sus conatos á perfeccionarse en la lectura y escritura y en el ma-

nejo de la aguja. Con esos auxiliares indispensables á todas las mujeres no será fácil que se vean nunca abandonadas por la fortuna, si por otro lado reunen las condiciones de buenas hijas, para ser luego buenas esposas y buenas madres. Si pertenecen á una familia de recursos, podrán extender algo mas su aprendizaje, segun sus gustos y capacidad.

Si fueren hijas de padres ricos, deberán ampliar su educacion á los ramos de la segunda enseñanza compatibles á su sexo, y los llamados de adorno, por no considerarse absolutamente indispensables. Una señorita de la buena sociedad debe conocer la música, tener nociones de Historia Natural, saber Geografía y dibujo y traducir y hablar á lo ménos el francés y el inglés, que son los dos idiomas modernos mas en boga y de mas uso en nuestra patria.

La instruccion completará la obra que comenzó el comportamiento público y privado. ¡Ojalá que las niñas se penetren bien de la sinceridad de nuestros consejos y de la fé que tenemos en que por esos medios se logrará, en dia no lejano, la regeneracion de nuestra sociedad!

EL HOMBRE Y LA POESIA.

Se cree generalmente que la Poesía es de orígen divino y que en el *fiat lux* de la Biblia recibió su primera forma. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la Poesía tiene la misma antigüedad que el Hombre; y si nos propusiéramos filosofar sobre el asunto tal vez encontraríamos en nuestra madre Eva la primera poesía humana, la personificacion de esa deidad misteriosa que tanto nos seduce. Encarnemos, pues, la Poesía en la mujer, sea ó no verdadero aquel supuesto, y procuremos sorprenderla en agradable plática con el Hombre.

En las regiones orientales, cuna del Hombre y por consiguiente de la Poesía, se vieron y se saludaron por primera vez nuestros personajes. Levantóse el Hombre una mañana al despuntar la aurora y corrió á la campiña para reanudar las labores del dia anterior, cuando en medio del camino y por entre los árboles y las flores, divisa una blanca vírgen, pura y hermosa como su pensamiento, hechicera y arrobadora como la sonrisa de un niño, y se detiene sor-

prendido á contemplarla por algunos instantes, hasta que repuesto de la primera impresion, se dirige á ella y le habla en estos términos:

—¡Oh vision celestial, divina Poesía, ven á mí! Presta á mi acento tu forma y tus colores, y el arado será en mis manos ligera carga. Esta vida monótona y este trabajo contínuo serán mas llevaderos con tus auxilios bendecidos. No desdeñes la union que te propongo y serémos mas dichosos: aislados, es triste é incompleta nuestra existencia; juntos, conquistarémos el mundo entero y no habrá poder sobre la tierra que iguale al nuestro.

La Poesía que escuchaba atenta este discurso, tomó cierto aire de gravedad y contestó de esta manera:

—¡Hombre insensato! ¿No adivinas que el consorcio que tanto halaga tus sentidos en estos momentos va á ser funesto para tí? ¿Por qué no sigues en tu sencillez primitiva cultivando la madre tierra sin buscarte asociados peligrosos? ¿No sabes que mis ócios pueden quitarte muchos dias de trabajo y que la miseria será el fatal resultado que te espera? ¿No comprendes que mis tendencias se inclinan á subir, y tú necesitas estar abajo miéntras tengas que llenar el precepto de mantenerte con el sudor de tu frente? Por otro lado, tu compañía puede ser perjucial á mi decoro y poco digna de mi alta procedencia. ¿Quién responde que apoderándote de mí, no abusarás de tu poder para maltratarme unas veces, hacerme representar el papel de aduladora otras, ó traerme finalmente por las tabernas sucia y andrajosa? Quédese,

pues, cada uno como se está, y no vayamos á crearnos inconvenientes, sinsabores y penas infinitas.

Mucho efecto produjo en el Hombre la respuesta de la Poesía, y viéndose herido tan inesperadamente en lo mas íntimo de su alma, estuvo por abandonar el campo y huir despavorido de aquella vision, que tanto bien y tanto daño le proporcionaba á un mismo tiempo. Pudieron sin embargo mas los atractivos de la vírgen, ó tal vez el amor propio mortificado con las predicciones de los abusos temidos, y dando á su persona todo el aspecto de melancolía y naturalidad de que era susceptible, replicó en esta forma:

—Encantadora deidad de mis ensueños, ¿por qué destrozas así mi corazon? Yo no alcanzo á comprender que tenga espinas flor tan galana y rozagante; ni ménos entiendo que este amor que te brindo sin medida, le veas hollado, escarnecido y sucio, rompiendo tu decoro. Pues qué, ¿no soy capaz de recibir y conservar en religiosa guarda tus inefables adornos, en vez de arrastrarlos por el lodo, como sin fundamento presumes? ¡Oh! no me abandones por piedad, ten lástima de mí, y advierte que errante y sin ventura voy á vagar por el espacio inmenso de la noche sin tu luz bienhechora. Yo prometo respetar tus gracias y vivir para halagarte y bendecirte. En cuanto á mí, no te importe hacerme mal, que todos los daños que de tí me vengan serán dichas á mis ojos, placer y bienandanza.

—Lástima me dan tus cuitas, jóven noble y generoso, dijo despues la Poesía. Tu acento dulce ha lle-

gado á conmoverme, y ya no siento la union por lo que á mí pueda quitarme, sino por las amarguras que vas á experimentar con poseerme, las hambres que van á consumirte, y el diente de la envidia que va á morderte sin cesar. Pero sí te suplico, gallardo mancebo, y esto con las lágrimas que ves rodar por mis mejillas, que jamás me prives de la sencilla vestidura que me adorna en estos momentos, ni me lleves presuntuoso á sitios y lugares demasiado altos para tí ó demasiado bajos para mí. Acuérdate siempre de que nos hemos conocido pobres, y que esta santa pobreza es nuestro mejor escudo. No olvides que soy casta y púdica doncella, y repugno los pensamientos y palabras que puedan contrariar esos atributos preciadísimos. Y por último, recuerda en todas las ocasiones que quieras llevarme contigo, que para conseguirlo fructuosamente necesitas *sentirme* en lo mas hondo de tu pecho y con toda la efusion de tu alma: de otro modo, cuando mas ufano creas presentarme en tus saraos, quizás te encuentres solo con mis vestidos desgarrados, si por acaso, te queda alguna forma de ellos en la imaginacion.

Despues de esta entrevista, pasaron dias, y meses, y años y siglos, y el Hombre y la Poesía continuaban dichosos, dando ejemplo al mundo de la cordialidad y la fé de su sublime union. Los cantos populares fuéron su expresion mas favorita; siempre late y se levanta nuestro pecho cuando oimos en cualquier parte esos sonidos melodiosos en que se pinta á lo vivo el verdadero consorcio que venimos bosquejan-

do. La voz espontánea de la verdad de lo que pasa interiormente, los movimientos naturales del corazon, el fluido bienhechor y misterioso que recorre nuestras venas en los instantes del placer ó del dolor, el tinte pálido del rostro y la languidez de la mirada: hé aquí los rasgos característicos que revelan la Poesía pugnando por ostentar sus galas primorosas.

La Poesía habia previsto, sin embargo, que el Hombre no era capaz de conservarla siempre su pureza primitiva, y tuvo mas de una vez que abandonarle sustrayéndose á sus exigencias importunas. El Hombre se hizo filósofo y quiso que la Poesía filosofara; se convirtió en erudito y quiso hacer erudita á la Poesía; se hizo sabio y se le antojó que tambien fuese sabia la Poesía; cortesano luego y comerciante al fin, pretendió que la Poesía se aristocratizara y se mezclase en las cotizaciones de la Bolsa.

La Poesía ha resistido heróicamente esas veleidades y transiciones del Hombre. Siempre que se la ha querido hacer discurrir con seriedad sobre asuntos graves, ó se la ha pretendido maltratar sacándola de su terreno, ha dejado de prestar sus auxilios benéficos, haciéndose sorda á los llamamientos del Hombre, que mira regularmente para el cielo cuando se le escapa el númen. Y es esto tan exacto, que ya no es fácil engañar á nadie con las formas. Por mas que se vistan con versos ciertas obras, se echará de ver en ellas la falta de la Poesía; por muchos que sean los adornos, dificilmente dejará de verse al que los lleva; por grande que sea el talento del escritor y miéntras mas

brillantes aparezcan sus concepciones, mas pronto se notará el caudal de sentimiento y de inspiracion propia y espontánea que falten á la creacion de su fantasía. Es preciso no hacerse ilusiones, corre mucha moneda falsa en nuestros dias, muchos libros que solo tienen de *poesías* el nombre y á veces la forma, y muchos autores que se creen buenos poetas sin ser mas que medianos versistas.

Es conveniente que los niños se aprovechen de la leccion que la Poesía acaba de dar al Hombre para que no caigan en el peligro de querer hacerse poetas á la fuerza, si el cielo no les ha favorecido con el talento y las condiciones especiales que son indispensables para emplear con buen éxito el lenguaje de los dioses. Un niño poeta es un anacronismo, una burla, una ridiculez. Si el génio de la poesía se revela en esa edad temprana, es necesario no precipitarse, ni ahogarle con ensayos prematuros. El jóven que se acerca, se encargará de mostrar al mundo en bellísimos versos las inspiraciones sublimes que se ocultaban y velaban en el alma tímida é insegura del tierno infante.

EL ORGULLO.

El orgullo se ha colocado siempre en el número de las pasiones humanas, pero puede ser que se encontrara mejor definido entre las enfermedades del en-

tendimiento. No es presumible que tengan la cabeza sana, aquellos que ven clara y distintamente en su propia personalidad, lo que no existe ni ha existido nunca. El hombre que se juzga superior á los demás por meras exterioridades y desdeña el trato y comunicacion con los que cree inferiores y se entona y encopeta sin saber cómo, ni cuándo, ni por qué, debe tener la razon perturbada. Los orgullosos serán, por consiguiente, mas dignos de lástima que de indignacion.

La enfermedad empieza á manifestarse en los primeros años de la vida, es hereditaria la mayor parte de las veces, y de tal manera contagiosa, que se trasmite por el aire, por el eco de la voz y hasta por las miradas. La vanidad en los padres produce el primer gérmen del orgullo en los hijos. La riqueza de la cuna, la profusion de los encajes y las cintas, el ruido del bautismo y la presencia y calidad de los convidados, llegan al niño y le dicen su condicion y circunstancias. Mas tarde, y ántes de aprender á rezar, llueven sobre su cuerpecillo los lienzos y las telas mas variadas, que la inconstante moda se encarga de colocar de la mejor manera. El niño, por último, andará en coche montará caballos, asistirá á los bailes y al teatro, y para sujetarle un poco en sus caprichos y exigencias de cada momento, se le enviará á la escuela en ciertas horas. Con tan notables principios no es nada difícil adivinar los fines.

Un hijo que viene de tales padres y que tal educacion recibe, adquiere bien pronto la enfermedad del orgullo y costará mas trabajo curarle que al que pro-

ceda de padres moderados y juiciosos, que no estén tocados de la insoportable fatuidad, propia de los que quieren hacerse visibles á toda costa. El enfermo sanará, sin embargo, si acepta con amor y ejecuta sin vacilacion los consejos saludables de sus maestros y estudia constantemente en los libros y en la sociedad el arte de conocer á los hombres y de prevenirse contra las ridiculeces de que es víctima la especie humana.

El orgullo como la locura presenta diversos matices. Unos le fundan en la ropa, otros en la posesion de perros y caballos de las mejores razas, éste en el nacimiento, aquel en sus prendas personales, el de mas allá en su saber é inteligencia. Y ninguno tiene razon, nadie está autorizado para enorgullecerse, mirando á los otros con desprecio ó con desden. Pero de todos esos motivos de la locura, ninguno tan insustancial y tan fuera de camino como el que se refiere á las exterioridades del cuerpo y al placer de los sentidos. Los enfermos de esta clase tienen, entre las gentes, otros apodos mas significativos y que describen mejor el carácter del mal. Las de *vanos* y *tontos* son las expresiones que con mayor exactitud se usan para calificar á los que se pagan de su persona y de los adornos que la encubren.

Los que apoyan el orgullo que ostentan en su saber é inteligencia son ménos disculpables todavía, ó mejor dicho, revelan de una manera mas alarmante los caractéres perniciosos de la enfermedad. El saber y la inteligencia, cuando existen realmente en

el hombre, no dan lugar al desarrollo del padecimiento de que venimos tratando; y cuando en algun sujeto se note siquiera el gérmen del mal, ya puede afirmarse, sin temor de ninguna especie, que en aquella cabeza no hay inteligencia ni saber. El orgullo, la vanidad y la tontería están muy léjos de alcanzar á los hombres de talento y de mérito científico y literario reconocido, á lo ménos en el sentido de creerse de buena fé, grandes capacidades y profundos pensadores. El hombre que alcance cierta altura en el órden de las ideas, tendrá que ser forzosamente modesto, so pena de hacer contínua traicion á lo que le diga su entendimiento. Uno de los poetas españoles mas populares ha dicho: "Nada en el mundo se sabe, —y el hombre que sabe mas,—sabe que ignoran los otros—y que él ignorando está."

Si del fuerte sexo pasamos al sexo débil, el número de los enfermos de la cabeza sube de punto. Las mujeres tienen el prurito de alternar siempre con las que se encuentran en una escala superior en la apariencia; porque como todas contraen el mismo vicio, se juzga muy comunmente á mayor altura aquella que se da mas traza y maña para aparecer como grande y encumbrada señora. Las prendas y las telas: hé aquí el equipaje que preocupa á las mujeres y las precipita en el abismo. Con telas y prendas se las puede conducir á donde se quiera y hacer de ellas el juguete de las conversaciones y de la murmuracion de las que no se encuentren iniciadas en el contagio. La generalidad con que hablamos solo implica abundan-

cia de enfermos en la parte débil de la raza humana; y eso depende, por lo regular, de la misma delicadeza de los tejidos y del poco cuidado con que se atiende á su educacion.

Los tiempos irán fortaleciendo paulatinamente á la mujer, y la enfermedad del orgullo irá desapareciendo de su inteligencia, á medida que ésta se ilustre y adquiera nuevas y variadas nociones acerca de todas las cosas y especialmente de aquellas que se relacionen con las necesidades y exigencias de su sexo y de su condicion.

Cuando nuestras esperanzas se realicen respecto de la mas provechosa y ámplia enseñanza del hombre y de la mujer, disminuirá notablemente el número de los que padecen la odiosa enfermedad del orgullo. Para que el padecimiento desapareciera del todo, seria preciso que se acabase el mundo. Miéntras haya séres humanos sobre la tierra existirán enfermos de todas clases, y entre ellos, enfermos de la mas extraña locura que haya podido imaginarse: la locura del orgullo.

HORAS DE RECREO.

En todos los establecimientos de educacion se destinan ciertas horas para el descanso y recreo de los alumnos. Esta costumbre se funda en la naturaleza

misma del sér humano, que no puede soportar por mucho tiempo las fatigas del cuerpo ó del epíritu sin tomar aliento, sin permanecer sosegado, siquiera algunos instantes, sin recuperar las fuerzas, que se agotan con el ejercicio no interrumpido y sin adquirir de nuevo el equilibrio indispensable para llevarlas al punto de sus deseos. Todo en el mundo se gradúa por medio de balanzas; no hay nada en la vida que deje de tener su contrapeso; el contrapeso del trabajo es el descanso. Pero como las cosas mas insignificantes al parecer, pueden hacerse útiles en la mano del hombre y Dios no ha creado nada sin algun fin, se comprende perfectamente que el descanso se convierta en recreo y que el recreo se haga provechoso entre las personas cultas.

Los hombres del trabajo material, esos que ganan el sustento con el sudor de sus manos y que ejercitan sus fuerzas físicas diariamente desde que sale el sol hasta que se oculta en el ocaso, tienen necesidad imperiosa de hacer descansar los miembros fatigados. El descanso ha de ser análogo al género de actividad que se haya puesto en juego. ¿Ha sufrido la materia? ¿Se estenúa el cuerpo? El cuerpo y la materia son los que deben descansar. Hasta aquí todo es natural y positivo, sin que hayamos visto todavía indicada de una manera clara y sensible la aplicacion de nuestro tema á los trabajadores, sin que podamos descubrir aun en su descanso, los beneficios que pueden obtenerse de las horas de recreo. Continuemos discurriendo.

Cuando descansa el cuerpo se haçe mas activo el espíritu. El trabajador, que debe saber leer y escribir y haber adquirido algunas nociones en las ciencias y las letras, podrá convertir las horas de su descanso en horas de recreo. Leerá y meditará, en el tiempo que le dejen libre las ocupaciones de su oficio; y esa lectura y esa meditacion serán el recreo mas grato para sus sentidos, y el entretenimiento mas provechoso para su alma. La lectura y la meditacion podrán abrirle otras puertas y conducirle insensiblemente por vias halagüeñas, en busca de altas consideraciones y de útiles y trascendentales destinos.

Los hombres del trabajo intelectual, esos que se afanan por adquirir un nombre en las ciencias ó en las letras, y que, no contentos con las fatigas del dia pasan muchas horas de la noche sobre los libros, necesitan mas que los otros del descanso, porque las tareas del espíritu son indudablemente mas nocivas á la salud que las del cuerpo. Tambien este descanso puede hacerse recreativo y provechoso. La variedad en los trabajos, las academias, el teatro, la conversacion con las personas cultas, son otros tantos medios de aliviar el entendimiento y distraerle de la ocupacion especial que forme las delicias y sostenga las esperanzas del hombre de bufete.

Cuando descansa el espíritu, se encuentra el cuerpo en mejores condiciones para el ejercicio. El hombre de letras debe aprovechar una parte de su tiempo de descanso, en trabajos gimnásticos, manejo de ar-

mas y especialmente del florete, cuyo aprendizaje pone en movimiento todo el cuerpo y contribuye á desarrollar y fortalecer todos los músculos. Las horas de descanso así distribuidas se trasforman en verdaderas horas de recreo, conservando la salud y produciendo siempre ventajas incalculables al que no desperdicia ninguno de los momentos de su existencia en el ocio embrutecedor y repugnante.

Hemos estudiado las horas de recreo en el hombre adulto y considerádolas bajo el doble aspecto del cuerpo y del espíritu. Tócanos ahora concretar mas la cuestion á los establecimientos de enseñanza y examinar "El Recreo" de nuestras escuelas y colegios.

Parécenos que en la época del desarrollo del individuo, mas que en ninguna otra, debe mirarse con particular cuidado todo lo que contribuya á fomentarlo ó tienda á detenerlo ó á destruirlo de cualquier manera. Los niños necesitan conservarse, crecer y fortalecerse. Para conseguir estas tres condiciones de su vida es indispensable atender con muchísima escrupulosidad su parte física. El niño en el hogar doméstico, corre, juega, salta, lucha y se mueve constantemente. Los estudios concienzudos de los hombres de la ciencia han demostrado que ese es el único medio de conducir á la criatura racional en el desarrollo lento y progresivo de sus fuerzas materiales; y que todo lo que se oponga á ese sistema es contrario á la naturaleza.

Ahora bien: si en un momento dado se trasplanta el niño de la casa paterna al colegio, y allí se le qui-

tan sus juegos y sus risas y sus movimientos infantiles, y se le condena á estar siempre sério, grave, callado y con los libros en las manos, de seguro que se va á esterilizar en su gérmen una naturaleza fuerte y vigorosa quizás. Sabemos positivamente que entre nosotros no pueden los padres de familia temer ese peligro, porque el mal no existe en toda la magnitud que figuramos para hacer resaltar con mayor brio sus funestas consecuencias. Ya hemos dicho al principio que todos los establecimientos de educacion tienen ciertas horas destinadas para el recreo y el descanso de los niños.

No quisiéramos sin embargo, que esas horas se destinaran en algunos colegios á recreos que sujetan el entendimiento á nuevas pruebas y le tienen siempre alerta y en ejercicio. Ese método puede ser conveniente en la edad adulta; pero en la niñez es nocivo y de fatales resultados. Los niños que están todo el dia trabajando intelectualmente, no pueden sin violencia hacer de su recreo una clase de idiomas, ni recibir una grave leccion de historia ó de geografía. Es preciso dejarles libertad en esas horas, que son la de su descanso, y en que tienen que equilibrar por una parte y acrecentar por otra, las fuerzas materiales de su existencia, entorpecidas y detenidas con el trabajo intelectual de las horas precedentes.

Quisiéramos que aquí se observase, en este punto, el sistema adoptado en los paises mas cultos de Europa y América; y que en armonía con los sabios principios de la higiene, se combinase de tal modo el

estudio con el recreo en los colegios, que por cada tres cuartos de hora de clase se diese uno para descansar y estirar los miembros encogidos del pobre adolescente. De este modo tendriamos hombres mejor conformados y mas sólidos y profundos pensadores.

LAS VACACIONES.

Además de las horas de recreo tienen los alumnos dias de vacaciones en los establecimientos de educacion. Esa costumbre sancionada por una práctica inmemorial, merece todos nuestros respetos y es acreedora á las mayores consideraciones de nuestra parte. El sistema de vacaciones debe reformarse, sin embargo, y ponerse en armonía con el espíritu del Plan de Estudios y Reglamentos que rigen hoy en esta Isla. En los colegios se conserva todavía el método antiguo de conceder las vacaciones en las páscuas de Diciembre, sin que se permita el descanso en los meses de Julio y Agosto, que son aquí los mas duros y calorosos. Parece, pues, conveniente que esos dos meses sean los de verdaderas vacaciones, despues que en Junio hayan probado los alumnos en exámenes públicos el aprovechamiento en sus estudios.

Para que pueda tener efecto lo que antecede debe-

rán restringirse los asuetos parciales á solos los domingos y fiestas enteras, dias y cumple-años del Rey y la Reina, conmemoracion de los difuntos, los dias veinte y tres de Diciembre y siguientes hasta el dos de Enero, los tres dias de Carnaval, miércoles de ceniza, miércoles, juevès, viérnes y sábado santo, y por último las páscuas de Resurreccion y Pentecostés. Esto es lo que ordena el artículo 95 del Reglamento de la Universidad, aplicable á nuestro juicio, á toda clase de enseñanzas y á los alumnos de todas las categorías.

Los niños suspiran por las vacaciones y ven acercarse con regocijo la época de concederlas. Es muy justo y legítimo el deseo y la alegría que experimentan al dejar de mano las tareas escolares para entregarse á los entretenimientos lícitos de su edad. Si en los exámenes han dado buenas pruebas de su aplicacion y de sus adelantos, la vacante vendrá á convertirse tambien en dulce recompensa de los merecimientos conquistados. El que supo trabajar con fruto y fué constante en la fatiga, bien merece el descanso en esos dias solemnes que la costumbre ha señalado para dar treguas á los activos ejercicios del alma. Los desaplicados y modorros, que desperdiciaron el tiempo precioso de la recoleccion de las ideas sanas y útiles que prodigaban sus maestros, no deben salir del colegio, no son acreedores á ninguna recompensa, no necesitan descansar, puesto que no trabajaron.

Mas si por una condescendencia punible de los

maestros ó por quedar mas tranquilos y solos en sus establecimientos, acceden á que todos los discípulos sin distincion disfruten de las vacaciones, se podrá determinar fácilmente el uso que cada uno hará de ellas, segun que corresponda al grupo de los estudiosos ó al de los desaplicados. Los de la primera clase, como que no están acostumbrados á la holganza y la desidia, buscarán aquellos placeres que son mas propios de los hombres laboriosos y de porvenir. Los de la segunda clase, habituados al ocio y á la indiferencia, encontrarán sus gustos en la repugnante y asquerosa glotonería y en todas aquellas cosas que matan el alma para que el cuerpo adquiera una preponderancia brutal y aterradora.

Las vacaciones se han inventado ciertamente para que el estudioso descanse de sus vigilias intelectuales: pero no para que abandone del todo en esos dias los ejercicios del pensamiento. En las horas de recreo que deben combinarse con las del estudio de cada dia, está bien que el niño no se ocupe del espíritu para dar á la naturaleza física lo que reclama con empeño. En este caso, los intervalos entre los movimientos activos del alma y los del cuerpo son mucho mas cortos que en el de las vacaciones, y no se corre peligro de que lo uno prospere á expesas y con noble perjuicio de lo otro. Los niños en las vacaciones, deben continuar distribuyendo el tiempo como acostumbraban hacerlo en el colegio; de manera que tengan horas de recreo y horas de estudio. La diferencia consistirá en que el recreo podrá ser de tres cuar-

tos de hora y el estudio de uno: enteramente al revés de lo que allá pasaba.

Como el recreo se hace mas ámplio en las vacaciones es necesario que se procure obtener de él alguna utilidad para la vida social. Los niños deben tener muy en cuenta que despues de la familia natural hay una familia artificial, cuyos lazos se extienden por todos los ámbitos de la tierra y hace que los hombres de los distintos climas y de las diversas razas se llamen hermanos desde Adan á nuestros dias y desde hoy hasta la consumacion de los siglos. Es indispensable, por consiguiente, tratar á nuestros hermanos para conocerlos, y conocerlos para amarlos.

Los hombres no son tan perversos como se les juzga á menudo con sobrada ligereza: habladles con dulzura y con frecuencia y os ganareis su corazon: conseguido este fin habreis podido penetrar lo mas recóndito de sus intenciones y conocerles por dentro: y al llegar á este punto de buena fé y sin siniestros propósitos, no es posible que dejeis de amar y de tener confianza en aquellos que se os hayan pintado como los mas envilecidos y ruines entre los hombres, Encontrareis defectos seguramente, pero de esos defectos hijos de una mala educacion, que se curan con el cariño y la bondad de los otros, que se olvidan con el dulce título de hermano, y que borra el buen sentido y la rectitud y la seguridad en los juicios.

Con estas ideas en la cabeza y esos sentimientos en el corazon, libres de las preocupaciones vulgares, deben los niños dedicar algunas horas de las de sus

vacaciones para reunirse con sus campañeros de estudio, visitándoles y cultivando cariñosamente su amistad. Deben asistir á los divinos oficios en los dias festivos y mostrar en ellos el recogimiento y la compostura que han de tenerse en el templo. No deben formar corrillos á la salida de la iglesia ni en las calles, porque esa costumbre revela desde luego una mala educacion y molesta á los otros transeuntes á quienes se priva del derecho que todos tienen para transitar sin tropiezos por las vias públicas. Cuando tengan que dirigir la palabra á las personas mayores, lo harán con respeto y moderacion, sin emplear nunca el tono de suficiencia y autoridad, que sienta tan mal en los tiernos labios de los adolescentes.

En la casa de sus padres no deben entrometerse en las cuestiones que se traten en la familia, ni tomar parte en las conversaciones de las visitas que se reciban por aquellos. La conducta de los niños en este caso debe circunscribirse á saludar á los visitantes y responder á las preguntas y observaciones que se les dirijan, sin comentarios ni réplicas impertinentes. No hay cosa mas chocante que un niño pregunton y entrometido, que pretenda saberlo todo y dar su voto, aunque no se lo pidan, en las cosas mas ajenas á su capacidad y á sus alcances.

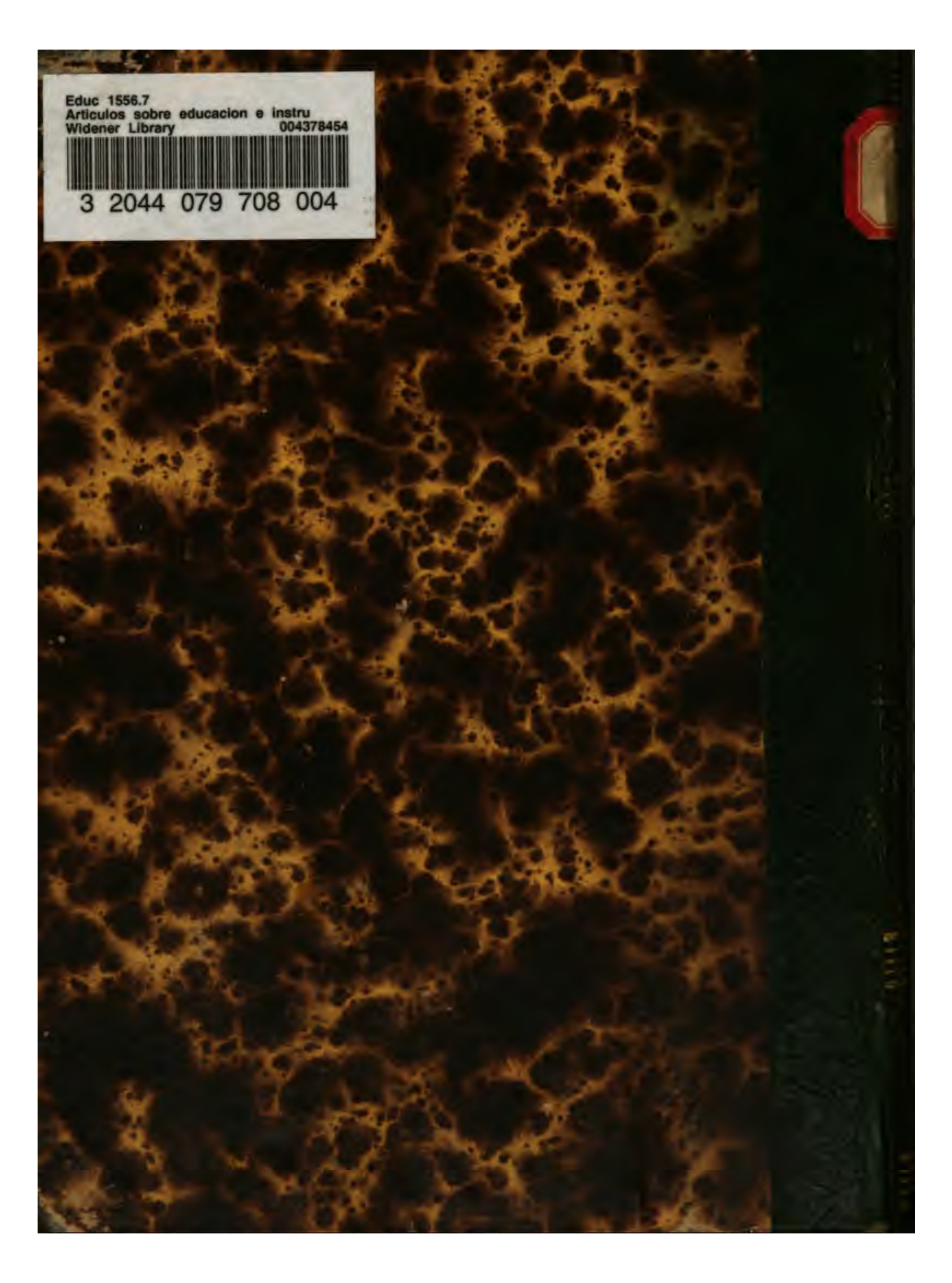
La mesa ha de ser para los niños uno de los sitios en que se demuestre mas su educacion y buenas maneras. Las horas de las comidas deben ser sosegadas y tranquilas: nada que pueda molestar á los convidados ni á los padres; ninguna observacion ni pregunta

indiscreta, esperar siempre á que se sirvan los mayores de los manjares qne se quieran tomar; no medir el alimento con los ojos, ni demostrar una voracidad propia de caníbales; no echarse sobre los manteles ni estirar demasiado los brazos para alcanzar los platos distantes, que deben pedirse á los criados; y sobre todo estar muy atentos á las advertencias y á las señales que les hagan sus padres para obedecerlas instantáneamente.

Los niños que observen las reglas que preceden y todas las otras que exige una educacion esmerada, poniéndolas en práctica y meditándolas cuidadosamente en la época de las vacaciones, habrán cumplido con su deber y empleado de una manera fructuosa el tiempo que se les concede para descansar de las apremiantes y útiles fatigas del estudio.

FIN.

ÍNDICE.


Educ 1556.7
Articulos sobre educacion e instru
Widener Library 004378454
3 2044 079 708 004